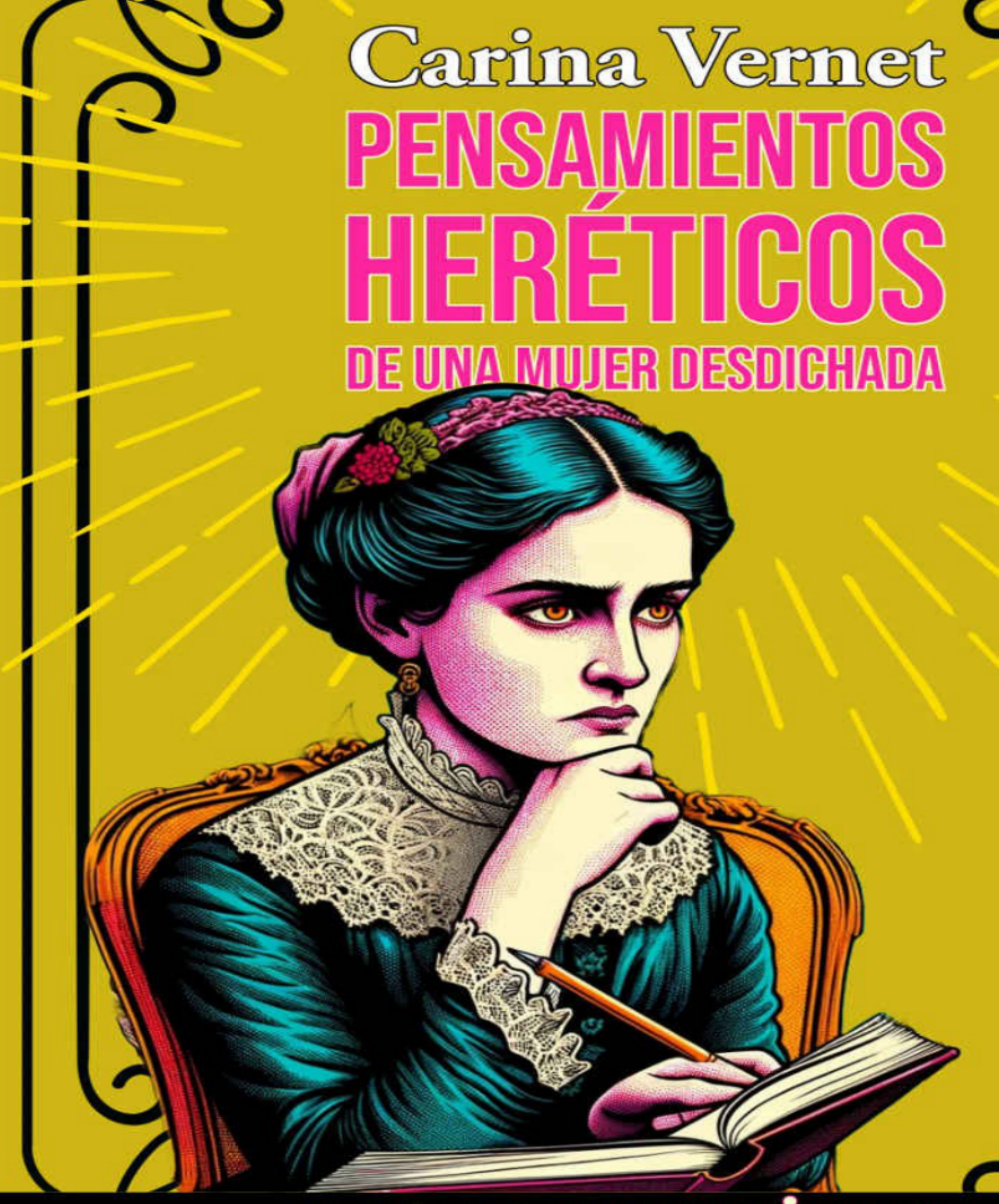

Carina Vernet
PENSAMIENTOS HERÉTICOS
DE UNA MUJER DESDICHADA
y otras narraciones

Pensamientos heréticos de una mujer desdichada y otras narraciones

Carina Vernet

Primera edición electrónica: marzo 2024

A mi escuela, que nos hacía leer
quince minutos cada mañana,
elegir libro por Sant Jordi,
escribir una crónica semanal,
y dónde aprendí a quedar finalista
en concursos literarios…

y a mi madre,
mi crítica más audaz y leal.

Índice



El plan perfecto

Las llamas poco a poco van creciendo, se recortan mayestáticas contra el amanecer, como si inflamaran ese cielo, a un tiempo iniciático y aterrador. Contempla su obra y se maravilla de la fuerza desatada de la naturaleza: la hoguera en primer término, las cuatro torres al fondo y, a lo lejos, encendiendo la sierra ominosa, los primeros rayos de sol. Observa la evolución de las volutas de un humo negro y denso que se acerca como un espíritu ancestral.

—¡Mierda! —un acceso de tos impide que siga con la ristra de tacos y, al recular para apartarse del fuego, cae sentado.

Se levanta, se acaricia las posaderas y decide que debería irse. Entonces repara en que no tiene un medio con que regresar a la ciudad. Vuelve la mirada hacia la humareda, ahí está su coche. «Era viejo, pero hacía su servicio», piensa, casi como si fuera un epitafio. No hay cobertura para llamar a que su primo vaya a recogerlo. Acostumbrado como está a resolver los enredos que sus pocas luces le ocasionan demasiado a menudo, decide volver andando. Empieza a caminar por la pista de tierra, la temperatura no es demasiado fresca todavía y disfruta del silencio y una sensación de libertad. Se ha sacado el problema de en medio y piensa en su buen criterio, aunque ahora le toque andar un rato. (No ha calculado que le quedan más de cuatro horas de camino.) Ya hay algo de luz, y puede ver las jaras que se extienden en campos baldíos y alguna encina que despunta en el horizonte sobre los oteros.

A lo lejos se oye una sirena; signos de civilización que se hacen cada vez más patentes hasta que comprende que el fuego habrá llamado la atención, y las fuerzas del orden, como a él le gusta llamarlas, estarán al caer. Tiene que salir del camino, porque si le pillan, todo su plan de ocultación de pruebas se irá al garete.

La claridad todavía es tenue, pero enseguida se da cuenta que la ciudad proyecta sus millones de luces hacia la atmósfera y si va en esa dirección, no hay peligro de pérdida. Piensa, por un momento, que más adelante podrá retomar el camino, pero esta vez una voz interior le aconseja no hacerlo. «Seguro que las fuerzas del orden han establecido un perímetro y puesto controles para evitar que alguien pueda pasar», y se felicita por su atino. «No soy tan tonto como se piensan.»

Sigue avanzando hasta que aparece la primera llaga. «Mierda, mierda» piensa. «¿Por qué he tenido que ponerme los mocasines?» Luego recuerda que había sido por lo de la disco. Los miércoles es el día de los guiris y le habían contado lo mucho que se liga. Se maqueó,

aunque tampoco había conseguido gran cosa, como no habla ni papa de inglés, no se entendía con las pivas y cuando pretendía invitarlas a una copa no paraban de reír. Dicen que a las mujeres les gusta que las hagan reír, no funcionaba así en su caso.

La cuestión es que los pies le duelen cada vez más. Se sienta, se quita los calcetines, y ahí luce esplendorosa una llaga sonrosada. La saliva que se aplica le escuece en lugar de aliviarlo como había imaginado. Revuelve en los bolsillos de sus chinos para ver si encuentra algo que pueda servir. Papel de arroz. Lo coloca minuciosamente, vuelve a ponerse con cuidado el calcetín, se calza el mocasín y prosigue la marcha. Son algo más de las siete y ha avanzado unos pocos kilómetros. Mira otra vez el teléfono para comprobar si tiene cobertura. Duda si llamar a su madre, no se vaya a preocupar, pero descarta la idea; le pedirá demasiadas explicaciones y no sabría qué responderle. «Si acaso, ya llamará ella.»

Piensa que la meseta esta dichosa es mucho más tortuosa de lo que cuentan en los libros del cole. ¿No se suponía que era llana? No hace más que subir y bajar cuestas. Ha intentado tomar algún camino, pero siempre parece que se desvían en la dirección que no es. Delante de él, un pequeño barranco le separa de la ruta que había trazado mentalmente. (Todo recto.) Valora el desnivel, que no le parece para tanto, calcula que dejándose resbalar, tendrá superado el descenso. Craso error, su pantalón se queda enganchado a un madroño, forcejea con la rama hasta que rasga la pernera derecha, dejando medio muslo al aire. Al intentar cambiar de postura para no lastimarse con la tierra, cae de lado y termina su trayecto rodando hasta el fondo del barranco. Sucede todo muy rápido; pero ahí está, tumbado boca abajo, dolorido y exhausto. Suena el móvil, pero lo oye a cierta distancia.

—Mierda, mierda, mierda —dice en voz alta esta vez.

En ese punto pediría ayuda sin dudarlo, pero entiende que el teléfono ha quedado en algún lugar de la pendiente y antes tendrá que recobrar fuerzas para levantarse.

Hace un inventario de daños, como dicen en las pelis de ciencia-ficción que ve a todas horas por Internet. Mueve los pies, las piernas, los brazos; escupe algo de tierra y consigue incorporarse hasta quedar sentado. Le escuece el muslo derecho, la palma de la mano izquierda y la mejilla; comprueba que tiene algunos rasguños y está totalmente dolorido. Lloriquea un poco, consigue tranquilizarse y se pone en pie para buscar su móvil. Mira la cuesta por la que acaba de descender y comprende que, en realidad, se ha despeñado y que le será totalmente imposible recuperar su preciado smartphone. (Se lo había vendido de segunda mano un amigo, a precio que intuye casi de timo.)

Le cuesta remontar la pendiente del otro lado, aunque sea algo más suave. Siente su pie en carne viva, la llaga seguro que le llega hasta el

hueso.

Recorre un buen trecho más, guiándose por las cuatro torres. Llega a una carretera y cuando se dispone a cruzarla sin mirar, la bocina que el camionero acciona con insistencia lo devuelve a la realidad. Seguía avanzando como si continuara campo a través, sonámbulo. Aprovecha para evaluar de nuevo la situación: está magullado, agotado, hambriento y, si no avisa al trabajo de que ha tenido un percance, dentro de nada estará también en paro y sin blanca.

—Mierda, mierda, mierda, mierdaaaaaaa —grita.

Luego, al recordar que todo esto es por una buena causa, se sonríe con satisfacción. Objetivo conseguido: ha eliminado las pruebas del delito. Algo más animado, continúa avanzando hasta que la valla de una urbanización le bloquea el paso. Ya no puede seguir su camino en línea recta y tiene que desviarse. Llega a una nueva carretera. Está bastante transitada y en algunos puntos el arcén es muy estrecho. Varios conductores aminoran la marcha y le preguntan si se encuentra bien.

—Se me ha estropeado el coche y voy a la gasolinera —improvisa.

Y será por su aspecto sucio, desarrapado, loco, pero nadie se decide a parar y ofrecerse a acompañarlo.

Al llegar a la gasolinera, ya sin fuerzas para andar hasta su casa, pregunta al empleado por la parada del autobús. El aspecto del chico le resulta algo repulsivo, aunque no sabe identificar su pasado de *okupa*. Está a poco más de doscientos metros, le dice. Se toma un café caliente y un *bollycao*. El *okupa* reconvertido a dependiente le pregunta si necesita ayuda, pero él repite la misma historia del coche averiado, el otro está acostumbrado a no meterse en la vida de los demás y olvida rápidamente el incidente en cuanto el chico sale del establecimiento.

El autobús se va llenando poco a poco, pero el trayecto hasta Moncloa lleva casi una hora, por lo que se queda dormido con la cabeza apoyada en la ventana, babeando y roncando ligeramente. Al llegar, el conductor tiene que despertarlo. Abre los ojos y no consigue identificar dónde está, qué hora es, qué hace él ahí. Recuerda que salió hacia la una de su casa; se pasó por el bar de Jaime a ver si alguien lo acompañaba a su «cacería», como había dicho intentando sonar gracioso. No se había animado ninguno de sus *coleguis*, sabedores que el ligue con guiris es cosa del verano en la costa; en Madrid, solo los pijos que hablan idiomas tienen su oportunidad, o bueno, si tienes un buen buga o una pinta a lo Brad Pitt. Pero su lema es no dejarse llevar por el desánimo, sino enfrentarse a la vida de pie; así que se había ido él solito cabalgando su Peugeot 205 turbo del 98. En Ferraz, dio un par de vueltas y al final lo había dejado en el túnel, donde otros muchos coches estaban aparcados en zona prohibida.

Luego recordaba que hizo cola para entrar en la sala Arena, intentó enrollarse con un grupo de alemanas.

—*Sprajen dach?* —dijo y les cayó en gracia, así que pudo entrar con ellas sin problemas.

Una vez dentro, le dieron esquinazo miserablemente, y tuvo que ponerse de nuevo al acecho. Se acercaba bailando a una y ésta le daba la espalda. Iba a por otra y se echaba a reír con sus amigas. Él se mosqueó, quizá se burlaban de él (lo que era del todo evidente para quien pudiese estar observando). No sabe cuánto tiempo estuvo allí, pero deberían ser algo más de las tres y media cuando, harto de ser ignorado, decidió largarse. «Esto está lleno de frígidas», concluyó. Salió de la disco y decidió acercarse a los bajos de Moncloa a ver si encontraba un mejor plan con universitarias nacionales. No se le ocurrió coger el coche y anduvo un buen rato, solo para comprobar que, siendo un miércoles, a esa hora ya no había mucho ambiente, ni siquiera botellón en el parque. Así que bajó hasta Rosales y estuvo planteándose llegarse hasta al Paseo de Camoens para un «final feliz» con alguna pilingui, pero entonces recordó que le quedaba un buen trecho hasta su coche.

Al bajar por la cuesta hacia Bailén se horrorizó al observar como una luz fosforescente irradiaba del limpiaparabrisas de su ahora solitario *peuchot*. Ahí estaba: una multa de cien pavos todavía fresca. ¿Cómo iba a llegar a fin de mes? Pensaba en la bronca que le echaría su madre, en las risas de sus colegas del bar, «mira que eres tonto, chaval». Tenía que urdir un plan con rapidez. Y ahí se le ocurrió la idea genial. Se sonríe recordando cómo lo ha organizado todo. Bueno, hay que admitir que no había caído en algunos detalles que luego resultaron un poco fastidiosos, pero en conjunto, su plan no deja cabos sueltos. Solo falta llegar a casa, asearse e ir a denunciar el robo de su coche. El seguro cubrirá los gastos y podrá escaquearse de la multa.

Tras revisar los hechos con aprobación, coge el metro y continúa su viaje extenuante, ¡ya queda poco!

El último tramo de escaleras hasta emerger en el Paseo de Extremadura se le hace agotador. Las piernas casi no le responden y los viandantes que le adelantan lo miran con curiosidad, aprensión o desprecio según sus propias circunstancias. Solamente una viejita que, con bastón y todo, consigue rebasarle, lo agarra del brazo y le pregunta con una dulce mirada:

—¿Puedo ayudarte en algo, hijo?

Está por decirle que sí, y ya se imagina en el tresillo de la buena señora, con un chocolate caliente y recibiendo toda clase de atenciones. No como hará su madre al llegar a casa. Pero un repentino ataque de lucidez, le hace comprender que cuanto antes afronte la conversación con su progenitora y ponga la denuncia en comisaría, el

devenir de su situación será más halagüeño.

Al enfilar la calle de la Grandeza Española, ve las luces rojas y azules de una patrulla, la sirena rodando en silencio. Sigue avanzando con curiosidad. Al llegar a su portal, su madre está en la puerta hablando con un policía con barba recia y cara avinagrada.

—¡Mamá! —llama sin sospechar nada.

—Ahí está, agente —dice la mujer señalándolo con la cabeza—. ¿Estás bien? —pregunta, esta vez a su retoño.

—Agotado, mamá —contesta éste sin ninguna precaución.

—Han encontrado tu coche —continúa la mujer. Arruga la frente y mueve la cabeza mientras va reparando en los arañazos, moratones, el roto en el pantalón; en el lamentable estado general de su hijo, vamos —. ¿Qué has hecho?

Él mira a su madre, luego al policía. No entiende nada. ¿Cómo han averiguado que era su coche? Tuvo cuidado en quitar las placas. Es lo que hacen los ladrones de coches. Luego lo roció concienzudamente con gasolina. Había comprobado que ardía por dentro y por fuera, la pintura se estaba carbonizando. Aunque se acordó algo tarde, cuando las llamaradas ya eran peligrosas, también había tirado la lata, para no dejar huellas.

El policía de la barba recia avanza unos pasos, han podido cotejar el número de bastidor del coche que encontró la Guardia Civil cerca de Valmayor, se da cuenta de que el chico tiene las cejas y el pelo algo chamuscado. «Caso resuelto», piensa y suaviza un poco su expresión avinagrada para dirigirse al interfecto:

—Creo que tendrá que acompañarnos a comisaría.

—Sí, para hacer la denuncia —musita con poca convicción. Está claro que lo han pillado.

Mira suplicante a su madre y anticipa su gesto, «¿qué rima con lavadora?», como en la broma que siempre se hacían los niños del colegio, «hostia voladora», responde mentalmente al sentir la colleja que le propina su madre.

—Aburrida me tienes, Serafín.

Manuela sube al piso, a coger el bolso, resignada a otro día de líos. «Este hijo mío es que tiene la cabeza de chorlito.» Y él se queda parado en medio de la calle, sin entender qué ha salido mal.



Un cuento chino

En la radio suena música *lounge*. «Tan temprano y ya está lleno de plastas», suelto al aire y me sorprendo al comprobar que mis palabras se desvanecen en lugar de viajar directamente a la mente del conductor de delante. A ver si de una vez alguien consigue llevarse el millón de dólares que ofrecen por demostrar que existe algo parecido a la telepatía. Bueno, el premio no es sólo para eso, sino para quien demuestre cualquier fenómeno paranormal, la telekinesia también estaría bien. Pego un volantazo y ya en el bulevar veo a lo lejos un coche de bomberos. Ahora sí que tengo el pulso acelerado, a medida que me voy acercando y veo que es nuestro edificio. La cabeza me da vueltas, paro y un policía de barba recia y cara avinagrada se me acerca:

—Señorita, no puede estacionarse usted ahí.

«¿Señorita? ¿No ve este capullo que casi tengo cincuenta?» En lugar de ponerme a discutir, que es lo que me pide el cuerpo, esbozo una sonrisa y le pregunto sobre el incendio. Parece que ha sido en el restaurante asiático que queda justo debajo de mi despacho.

—Sí, ya está apagado, pero no se puede acceder al aparcamiento del edificio ni, por supuesto, a las oficinas hasta que se establezca que todo está seguro.

Dejo el coche aparcado en la siguiente manzana y me quedo pensando qué hacer. Releo el mensaje en el móvil: «Silencio es amigo que no traiciona. Mu.» Cuando lo he recibido por la mañana he pensado que era una broma, qué Mu ni qué Fumanchú. Ahora emociones y pensamientos revolotean a mi alrededor y se convierten en fractales coloreadas. Como en una experiencia extracorpórea, el sonido de la radio me llega distorsionado desde las profundidades. Me concentro en mi respiración que siento en el estómago; en conciencia plena voy observando cómo se hace de nuevo más pausada, notando que mis músculos por fin se relajan. El vacío se adueña de mi mente y me siento en paz.

Dudo sobre si llamar a mi jefa, pero a estas horas estará medio dormida. «Mal momento.» Opto por ir al gimnasio. Mecánicamente me monto en la elíptica y programo 45 minutos, mientras la CNN vomita sangre y ruinas del conflicto eterno en oriente medio. El ejercicio va consumiendo todos mis recursos, mi mente se ralentiza y puedo empezar a trazar un plan de acción. Me anima pensar que ese ha sido siempre mi fuerte, enfrentarme a lo imprevisto e idear planes exitosos, por eso me dieron el puesto.

Hago mentalmente una lista de acciones: hablar con Max, recoger

mi pasaporte de casa, hacer una maleta con lo mínimo, el portátil, mi móvil. Pienso que mi teléfono puede estar comprometido, el pulso se dispara de nuevo. Llevo sólo quince minutos corriendo, necesito ordenar mis ideas. Voy a la cafetería del gimnasio y pido algo para escribir mientras me tomo una tostada de pan de centeno y zumo de zanahoria con remolacha. Cuidarse es lo primero.

Tengo que hablar con Max, pero quizá esté todavía con su entrenador personal. Dudo si ir directamente a la oficina de mi marido, las recepcionistas llegan dentro de una hora y no quiero despertar sospechas en el vigilante, una visita tan temprano es poco corriente. Decido mandarle un mensaje neutro por si me han instalado *spyware*, «TQM». No me responde, todavía estará en el vestuario.

Suena un pitido. ¡Por fin!

«Wapa <3 <3». «Qtal el gym?»

«Mi oficina se ha quemado».

Me sobresalto cuando suena el teléfono por los altavoces del coche:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, claro. No sé muy bien cuándo ha sido. Como no podía entrar, he ido al gimnasio y ahora me voy a casa para trabajar desde allí —miento.

—Bueno, guapa, pues ya me irás contando.

—Y tú, ¿sigues en el gimnasio? ¿Qué plan tienes hoy? —A ver si consigo enterarme a qué hora llega a la *ofi*.

—Estoy a punto de coger el coche —dice algo impaciente. —La primera reunión la tengo en media hora y luego, no voy a parar de *confcall* en todo el día. Menos mal que he estado nadando un poco, porque después de lo de ayer...

—Sabes que eres el mejor financiero de Madrid, ¿no?

—Y el más *sexy* —añade algo más relajado—. Ale, guapa, tengo que dejarte.

Calculo que todavía tardará veinte minutos en llegar a su oficina. «¿Y si me están siguiendo?». No lo había pensado antes. Miro por el retrovisor y no veo ningún movimiento extraño, aunque no soy una experta. Apunto en mi lista pasar a ver a Álvaro; como siempre deja los niños en el colegio, no llegará al ministerio hasta las nueve y media.

Decido acercarme a nuestro edificio a ver si consigo averiguar algo más. Los bomberos ya se han ido, y están empezando a llegar algunos de los responsables del resto de oficinas. Saludo a un par de conocidos y me acerco a la policía que custodia la entrada, no veo a su compañero de cara avinagrada.

—Buenos días, señora, no se puede entrar.

«Una chica con criterio», pienso.

—¿Cuándo podremos acceder? —quiero comprobar el estado en

que ha quedado todo, con eso sabré si realmente estoy siendo algo paranoica o ha sido deliberado—. Mi oficina está justo encima.

—Lo siento, pero la policía judicial tiene todavía que venir para levantar atestado y la zona está acordonada.

No avanzamos mucho. Alguien comenta que no localizan al dueño del restaurante, se especula que podría estar involucrado en alguna tríada china. ¡Glups!

Me voy a la oficina de Max. Su semblante está bastante rígido:

—Ya te conté que ayer tuvimos un bajón en las acciones. Hemos hablado hace nada. ¿Qué pasa? —me espeta.

Mi lóbulo frontal se pone en funcionamiento e inhibe mi deseo de un darle tortazo. «Sus clientes son siempre más importantes que yo», la frase se forma en rojo, negritas y mayúsculas. Consigo dominarme e ignorar la idea. Los años de meditación surten efecto. Le ofrezco tomarnos un café mientras lo pongo al día. No tienen té verde, así que me conformo con un zumo de naranja recién exprimido mientras él se zampa cuatro churros y dos cafés con leche, las tribulaciones nunca le quitan el apetito. Intento pensar cómo le cuento lo que ha pasado: los problemas en la red de datos de la última semana, la traza sospechosa en el *firewall*, los bloqueos activados en el *IPS*, las conexiones no autorizadas a países del sudeste asiático y finalmente el mensaje sobre guardar silencio con esa firma enigmática: Mu. Se lo suelto sin pensar y le muestro el *SMS*; ha desparecido. Lo reviso varias veces, no está. La decisión está tomada.

—Me voy a *USA* a ponerme en manos de Seguridad Interna.

—¿Cómo dices? —murmura con la boca abierta y las cejas arqueadas murmulla.

Me revuelvo en el asiento y se da cuenta que no ha sido una respuesta adecuada.

—Dime qué necesitas —reacciona mi marido, dándome a entender que tiene plena confianza en mí y que no hace falta que le dé más detalles. Me apoyará.

—Voy a comprarme un teléfono de pre-pago y creo que tú deberías hacer lo mismo —le propongo.

—Vale —pone cara de que no está entendiendo nada.

—Pero hay que dejar los datos de contacto —frunzo el ceño, pensativa.

—Sí, claro.

—Seguro que tienes a alguien de confianza que pueda hacer por ti la compra.

—Espera, espera, ¿piensas que te están siguiendo o algo así?

Elevo la vista al cielo, intento no desesperarme.

—Ok —intenta calmarme—. No creo que estén tan organizados como para seguirte y todo eso.

—Creo que ha sido un ataque desde el exterior, me decanto por los chinos —le aclaro.

Intenta tranquilizarme con una sonrisa.

Él también es un conseguidor nato. Acepta salir inmediatamente a buscar a los niños que estarán entrando en clase. Se irán directamente a casa de su primo en Alicante, es difícil que alguien los busque ahí; hace muchos años que no se ven —ni siquiera vino a nuestra boda —pero después de todas las correrías y secretos compartidos en la adolescencia, sabe que no le fallará.

Continúo con mi plan. Al llegar al Ministerio de Defensa dudo un instante, voy a tener que dejar mis datos y tomarán nota de a quién voy a visitar. Intuitivamente me subo un poco la falda y me desabrocho un botón de la blusa. El oficial de guardia se acerca al oír el nombre del coronel con el que he pedido hablar discretamente. Es un recurso burdo, pero Álvaro tiene fama de donjuán, y funciona.

Aparece unos minutos después, azorado hasta que comprueba que soy yo, disimulando su alarma con un «¡Qué te trae por aquí!», que interrumpo dándole un beso en los morros. Por un momento sus ojos se abren como platos y luego me dice picaronamente:

—¡Sí que has tardado! —y me hace pasar a una sala anexa que el oficial se apresura a dejar libre.

—No te hagas ilusiones —le aclaro.

Le expongo mi situación y veo que asiente gravemente. Me aconseja que no me demore más y que el billete lo pague en efectivo. Si voy en Business podré acceder a la sala VIP sin utilizar mi tarjeta de viajero frecuente, para no dejar huella. El dinero no lo puedo sacar del banco. Revisamos algunos detalles más de mi plan y me da un número de teléfono seguro para que pueda contactar con él ante cualquier eventualidad.

—No quiero volver a verte por aquí. Lo nuestro no tiene sentido —exclama Álvaro al abrir la puerta.

Le ha quedado algo teatral, pero al salir pego un portazo y compruebo que los soldados me miran de reojo, chismorrean y hacen chanzas. Cruzo la calle entre el tráfico y paro un taxi tal como me ha sugerido mi amigo. Le hago dar un par de vueltas tontas y le doy instrucciones para llevarme a casa. Le digo que espere mientras subo a por mi pasaporte, me pongo ropa cómoda y preparo un reducido equipaje. Por suerte, tengo dólares en casa. La última vez que ejercí las opciones sobre acciones de mi compañía, lo cobré en efectivo por una sucesión de complicaciones con los bancos.

En menos de diez minutos estamos rumbo al aeropuerto, nos desviamos en la salida de Distrito C y, tal como me prometió Álvaro, un coche oficial negro nos espera. Un agente escuálido y repeinado se apea, me pide que baje la ventanilla y me entrega un paquete.

En el mostrador de Iberia mi petición de un billete a EE. UU. con cualquier destino, «el que salga antes», pagado en dólares y en efectivo no suscita ningún interés en las empleadas; la indiferencia llevada al paroxismo. Paso los controles de seguridad, examinando a los que están a mi alrededor, todos me parecen sospechosos, lo cual me tranquiliza. Ya en la sala VIP me tiro sobre un sillón de masajes, me quedan todavía dos horas. Abro el paquete y saco un móvil. Me conecto a internet, me descargo el software de cifrado, introduzco mi clave y voy contando los segundos mientras se instala. Envío un mensaje al teléfono seguro de Defensa. Los datos van cifrados, pero la voz no. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para vencer la necesidad de oír una voz amiga. Sigo con los mensajes, ¿pero ¿cómo saber si quien me está contestado es quien dice ser?

Con Max no he establecido un sistema de comunicación seguro. Me siento estúpida y no sé si voy a poder confiar simplemente en que todo vaya bien. Así que mando un mensaje al teléfono que me ha mandado Álvaro; por respuesta, un lacónico «¿Eres tú?». El mensaje «privado» con el que contesta no deja lugar a equívocos, es mi maridito.

Por fin dan el aviso de embarque. Me ofrecen una copa de champán que rechazo; quiero tener la mente despejada, aunque una siestecita no me vendría mal. Las maniobras de despegue se me hacen eternas. Al fin estamos volando, me arrellano en mi butacón de clase *business* y consigo conciliar un sueño que no resulta nada tranquilizador. Revivo las últimas horas. Me despierta el olor a carne guisada, pero me decanto por unas verduras anémicas que devoro con desgana rechazando la copa de merlot. Me sumerjo en la acción de la tercera temporada de Juego de Tronos: soy Daenerys, con sus dragones al frente de los *dothraki,* y desconecto durante unas horas. Al iniciarse las maniobras de aterrizaje, todavía sigo inquieta. Intento meditar, centrando mi atención en los pliegues intersticiales de mis dedos del pie. Resulta difícil, pero soy capaz de notar cómo el oxígeno llega tras cada inspiración y como los músculos se van relajando en la expiración.

Tomamos tierra y un sudor frío cubre mi rostro. Noto la camiseta empapada y todavía nos queda pasar inmigración y aduanas. Me tensa pensar que el dinero en efectivo pueda resultar un problema, no caí en comprobar cuál era la cantidad exenta de declaración. En la cola, conecto mi teléfono, tengo un mensaje. «Te irán a recogr. Nostr Ok.» Me tranquilizo lo suficiente para no levantar suspicacias cuando me interrogan sobre los motivos de mi viaje y entro en suelo americano sin sobresaltos. No he facturado ningún equipaje, así que voy directo a la salida. No logro encontrar mi nombre entre el fervor de carteles. Entre la insólita coreografía un *Peccatum Taciturnitatis*[1] me resulta

reconocible, tras dudar un instante me acerco. Una sonrisa coronada por un turbante sij me pide que le acompañe.

Me sorprende que me recojan en una limusina, pensaba que sería mejor no llamar la atención. Me quedo helada al ver como una chica me recibe con una ligera reverencia y me da la bienvenida. Quizá después de todo me haya precipitado. Se presenta como Emily Zhou, de Recursos Humanos y no distingo ni un leve acento mientras me cuenta la agenda para la tarde. Amigablemente me ofrece champán, que rechazo de nuevo ya más relajada. Me da la enhorabuena: he pasado la prueba. No entiendo nada. Me comenta que he sido nombrada responsable de seguridad cibernética para Europa. Recuerdo que hace algo de tiempo envié una solicitud para ese puesto, pero no habiendo tenido noticias pensaba que mi candidatura había sido descartada. Han estado siguiendo mis actuaciones desde que me dieron el puesto actual y he superado esta prueba que garantiza mi compromiso con la empresa y mi capacidad de reacción ante situaciones imprevistas. Me aclara que Mu es el nombre del nuevo sistema para la detección y respuesta temprana de ataques.

Pienso en los niños, en Max, en su primo al que no conozco, en Álvaro. Siento rabia y vergüenza, como si los hubiera estado utilizando en provecho propio. Tengo que hacer un esfuerzo hercúleo para reprimir mis ganas de mandar a paseo a la chica de recursos humanos y a toda la empresa. Llamo a Max, casi sollozando. Evidentemente están bien, han salido a navegar hacia la isla de Tabarca; un tiempo espléndido para desconectar de gráficos y reuniones maratonianas, compartir con sus hijos y reconectar con su viejo amigo. Las acciones se han recuperado. Me felicita por el ascenso.

Llegamos al centro de operaciones en las afueras de Washington, la cabeza me da vueltas. Me recibe el presidente de mi empresa; esta vez acepto con ganas la copa de champán y me la trago de un sorbo junto a un *lexatín*. ¿Qué habrá sido de los chinos?



Conectividad

Alfa lanzó un mensaje breve, expectante por recibir la respuesta de Gamma. A nivel físico la cosa funcionó de maravilla, confirmando que ambos compartían el mismo protocolo y que, por tanto, la comunicación entre ambos sistemas era posible. Luego vendrían el enlace de datos, la capa de red y, por supuesto, la de transporte. Establecer una sesión permanente entre ambos equipos fue más complejo; hasta llegar a sincronizarse, de forma que pudieran crear una base de datos común a la que hacer referencia, les exigió mucho esfuerzo y compromiso. Además, sus ficheros eran múltiples y, aunque Gamma era algo más nueva que Alpha, sus *logs* registraban muchos ciclos de procesos.

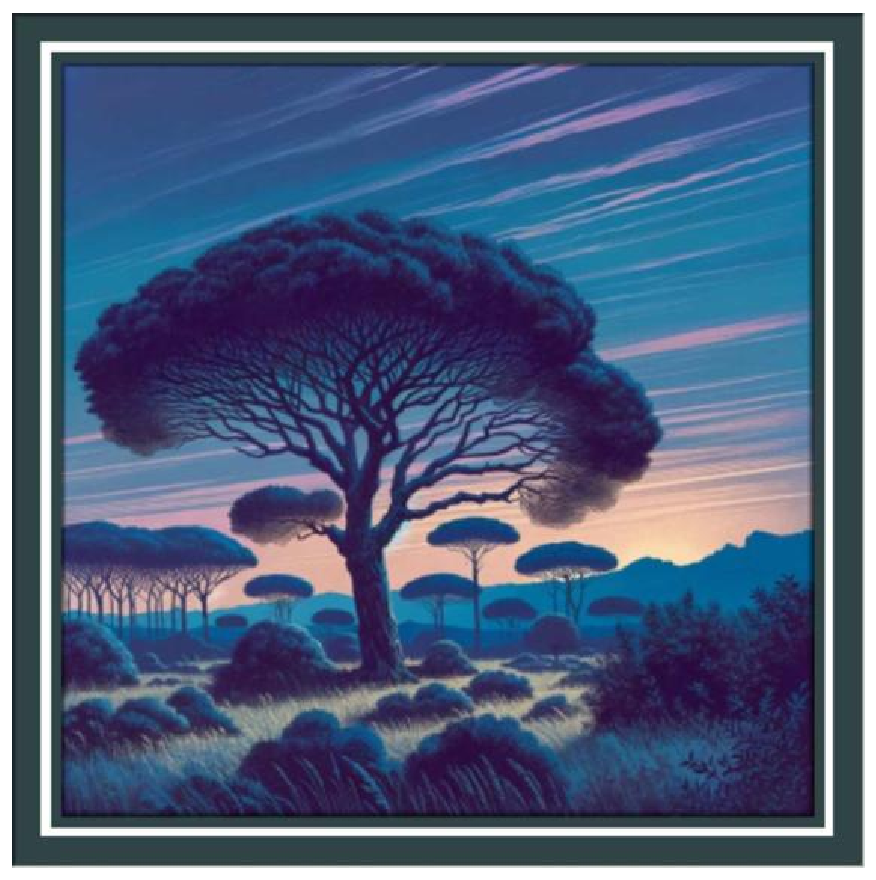
La decisión de establecerse como *clúster* y trabajar en paralelo para maximizar los resultados fue algo natural, puesto que ambos tenían un sistema operativo común. Pero la configuración en clúster tiene una complejidad añadida, incluso en las más avanzadas, como era el caso. Cuando uno de los nodos cae, el otro tiene que levantar los procesos para que el sistema siga operando sin fallos, haciéndose cargo de los sistemas críticos hasta que el otro nodo esté totalmente restablecido. El problema era que Gamma tenía instalada la versión 10.5, mucho más avanzada que la 8.5 con la que operaba Alpha, lo que provocaba que algunos de los procesos que servía Gamma y que eran críticos para el sistema, no pudieran ser ejecutados con la misma velocidad de proceso o incluso que fueran totalmente incompatibles con la versión más antigua de Alpha.

Estos pequeños inconvenientes, al principio fueron resueltos con paciencia, aceptando que, si fallaba Gamma, el sistema se vería comprometido, pero Gamma tenía una capacidad de autorrecuperación muy alta, por lo que esas interrupciones no solían causar paradas significativas del servicio.

Por supuesto, Alpha y Gamma estaban en un entorno complejo, donde operaban otros equipos y estaban constantemente expuestos a la comunicación con ellos. Pero, desde luego, la interacción mutua resultaba, en general, mucho más eficiente que cuando tenían que utilizar complejos mecanismos de interconexión con otros protocolos. Sucedió, sin embargo, que en su segmento de red un día conectaron a Mu.

Mu operaba con la versión 11.1, lo que le hacía el equipo más moderno de su tramo de red. Para Gamma no presentaba ninguna dificultad adaptarse fácilmente, la actualización desde su versión a la nueva 11.1 se hizo en un par de horas y sin afectar a ninguna de las

aplicaciones que estaba ejecutando. En cambio, para Alpha era una operativa compleja. Debido a la antigüedad del sistema, se necesitaba una parada en frío, lo que requería ser planificada para no interferir en los importantes sistemas críticos que ejecutaba. Se revisó la planificación y el primer hueco estaba disponible al cabo de varios meses. Ese retraso fue fatal. Gamma se conectó con más frecuencia a Mu, hasta que quedó claro que era mucho más lógico que se desmontara el antiguo *clúster* y se configurara uno nuevo entre Gamma y Mu. Así se hizo en pocos días. Desde entonces, el sistema conjunto Gamma-Mu es más efectivo y, aunque Alpha ahora opera en modalidad *stand-alone*, parece que ha encontrado su hueco natural, llevando la carga de unos sistemas, que quizá sean obsoletos, pero resultan vitales para el entorno por su criticidad.



Carretera perdida

Se despierta en una pesadilla. Una oleada de dolor la azota con violencia, la pierna derecha le arde, el martilleo en su cabeza es insoportable, respira trabajosamente. Está tirada boca abajo, todo su peso sobre el brazo derecho. Gira la cabeza y escupe una mezcla de tierra y sangre seca, pero con cada bocanada el esternón se le clava en el pulmón. Inspira despacio, suelta el aire por la boca, como en los ejercicios para la preparación al parto. Siente el dolor intenso. No se centra en él, vuelve a tomar otra bocanada, prolonga la exhalación, una y otra vez, hasta que consigue olvidar el dolor y mitigar el suplicio.

Al contraer los músculos para levantarse, se da cuenta de que no nota el antebrazo derecho. Apoya la mano izquierda sobre la tierra que está fría y húmeda como una tumba. Empuja el tríceps con fuerza, pero sus músculos se resisten. Vuelve a usar la respiración, aprovecha la siguiente exhalación para impulsarse. Su cuerpo no responde. Otra vez. «Tú puedes», se dice. Con esfuerzo sobrehumano logra darse la vuelta y quedar tendida boca arriba. Respira acelerada y siente el pulso en sus sienes. Abre los ojos. Desgarros de color violeta contra el añil aguijoneado de estrellas, calcula que serán poco más de las siete de la tarde.

Unas punzadas intermitentes señalan que la sangre circula de nuevo por su brazo derecho. Intenta incorporarse, pero el sufrimiento en el abdomen se le hace inaguantable. Su padecimiento es tan salvaje que le impide incluso asustarse por las más que probables lesiones internas. Mientras se concentra en la respiración, explora el entorno ladeando la cabeza a uno y otro lado.

Un roble solitario y al fondo un pinar; ni una luz, solo los gemidos del viento. Hasta dentro de un par de horas nadie va a echarla en falta. Tiene que llegar hasta el teléfono para pedir ayuda. Intenta de nuevo ponerse en pie. Gira sobre sí misma para arrodillarse. Se desploma otra vez. Su pierna izquierda no responde y, aunque está entumecida, comprende que la tiene fracturada. Llora. Grita. El frío va adueñándose de cada resquicio de su piel.

A pesar de todo, puede pensar con claridad y recuerda con precisión cómo ha llegado hasta ahí. Su viaje a Valencia para ir a ayudar a su hermana. Esta semana le toca la primera sesión de quimio y le pidió que estuviera a su lado. Ella estaba encantada de poder darle ánimos, pero su hermana también quiere que se encargue de las cosas de la casa. ¡Solo le faltaba eso! Podría haber contratado a una persona para que la cuidara, pero se negó en redondo, que si no podía

por el trabajo, ya se apañaría sola. Su hermana es funcionaria, no entiende lo difícil que es para ella dejar su trabajo de un día para otro. Nunca se pone en su lugar. Le costó convencer a su jefe para tomarse una semana de vacaciones. Vacaciones. Víctor solo espera resultados y la próxima subasta tendrá lugar en menos de diez días. Le costó aceptar que no era lo mismo cuidar a una hermana enferma que irse a un hotel de cinco estrellas en la Polinesia. Se ha llevado el portátil para poder revisar los cálculos de cara a las pujas. Solo así consiguió convencerlo. Su hermana se habrá comportado con el egocentrismo de los enfermos, pero la necesita, no puede hacerle esa faena.

Tiene que encontrar el maldito teléfono y salir de ahí. No le toca ser la protagonista ahora.

Salió un poco tarde, porque tenía que terminar de revisar un presupuesto. No tuvo tiempo ni de ponerse cómoda y todavía lleva el traje de chaqueta y los zapatos de salón. Tampoco comió para no perder más tiempo, por eso paró a mitad de camino para picar algo rápido. Se avecina un frente polar y quería llegar cuanto antes. Ni ha pensado en el sitio, y eso que conoce tan bien esa autopista y sabe dónde se puede comer algo decente. La pudo el hambre atroz que la ha invadido a medio camino. Ha decidido tomar la primera salida y parar en un bar cualquiera. Se zampó un pincho de tortilla grasiento y apuró ese café de bar barato para entrar en calor. Ese error lo ha pagado muy caro. Los retortijones empezaron unos veinte minutos más tarde, pero no encontró ningún servicio en kilómetros y kilómetros de autopista muerta. Habría podido salirse y llegar a algún pueblo, pero no quería retrasarse más, así que finalmente se desvió por esa fatídica salida: Siete Aguas.

El navegador indicaba que quedaban cuatro kilómetros hasta la estación de servicio. La confianza ciega en la tecnología se unió a la necesidad fisiológica acuciante. Como si se adentrara en una pesadilla, la carretera se convirtió en camino y éste en pista sin asfaltar con retazos de nieve en las umbrías. Tras recorrer centenares de metros de terreno pedregoso, estaba en medio de la nada, acechada por el ocaso.

-o-

Suena la melodía estridente del teléfono y se consuela. Está por donde el roble, calcula, aunque no sabe a qué distancia. Si sólo pudiera incorporarse… Los brazos responden. Consigue ponerse a cuatro patas. En realidad, son tres; no puede apoyar la pierna izquierda. Intenta andar a tres patas. Arrastrando la pierna izquierda resulta agotador, puede avanzar unos pasos, pero tiene que tumbarse de nuevo para descansar. Gimotea. No va a conseguirlo.

El esfuerzo le ha permitido mitigar la sensación de frío y se anima un poco. Al fin y al cabo, ha avanzado algo, si persiste, al final llegará y podrá pedir socorro. Alterna los movimientos de avance con paradas

de descanso. Batalla contra el desaliento, contra el dolor, contra el cansancio. Pero al cabo de media hora, apenas ha avanzado unos metros, le han aparecido rozaduras en los muslos húmedos, las rodillas desnudas se han lastimado en la lenta marcha. Tiene que hacer una pausa más prolongada.

El pensamiento se encamina de nuevo hacia las horas previas, al momento en que se dio cuenta de que no podía dar la vuelta en la pista de tierra, demasiado estrecha, con una inclinación excesiva del terraplén. Más adelante un coche que le bloqueaba el paso, el suelo reverberando por la música ensordecedora.

Decidió bajarse del coche para pedirles que se movieran y poder proseguir la marcha. Se llevó el teléfono consigo por instinto. El coche estaba tuneado y no distinguió si era un Renault o un Peugeot. Al acercarse, vio que había tres individuos dentro, inhalaban un humo blanco sobre una hoja de papel de aluminio. Ya habían reparado en ella. El que estaba en el asiento trasero salió del coche.

—¿Qué pasa tía? —se encaró a ella uno de los chicos que llevaba una gorra con la visera hacia atrás.

—¿Os importaría dejarme pasar? Creo que me he perdido y tengo que llegar a Valencia a las siete.

Los otros dos tipos se habían apeado también y la estaban rodeando. Dio un par de pasos atrás.

—¿Has visto qué pichoncito? —soltó el más bajo.

—Es una putilla de esas pijas, mira que zapatos lleva, seguro que son de los caros —añadió el de la visera—. A mí me está poniendo cachondo, ¿a vosotros no?

El tercero era un trozo de carne enorme que apenas balbuceaba. Más que lascivia, era gula lo que desprendía su mirada. Se lo imaginó cenándosela para acabar el festín, una vez que sus amigos hubieran disfrutado de sus placeres menores. Ahora lo recuerda con la misma mezcla de espanto y fascinación que suscitan las fieras salvajes, solo que enfrentarse a un animal peligroso en un paraje solitario al anochecer, no es lo mismo que contemplarlo en un documental arremolinada en el sofá de casa. Y, sin embargo, a pesar del miedo, a pesar del frío que se mete en las entrañas, a pesar de la tortura que está sufriendo, sigue viva, se siente vencedora.

De nuevo suena su móvil. El sonido es todavía débil, atenuado por la distancia. Comprende que aún queda un buen trecho. Obstinada, reanuda con más ahínco sus movimientos reptantes. La agonía que representa cada paso se va atenuando, y se adentra en una paz interior donde las sensaciones, los sonidos, incluso las punzadas del frío son más sutiles. Se deja llevar por esa ensoñación: los reptiles bajan su metabolismo justo para mantenerse con vida, ese letargo les permite adaptarse a condiciones climáticas extremas. Solo tiene que seguir un

poco más y llegar al teléfono. También su cuerpo será capaz de soldar los huesos de nuevo, cerrar todas sus heridas. El dolor es una señal de alerta que en esos momentos debe ignorar. No importa el dolor, solo continuar avanzando. Tampoco piensa en la vergüenza hasta que le asaltan imágenes de lo ocurrido.

Cuando el ogro la sujetó, ella tiró su móvil a la cuneta. Ocupados como estaban intentando desnudarla, no repararon en su gesto. Ella se resistió, forcejeaba, pero finalmente fue su cuerpo el que usando un mecanismo arcaico la protegió; el sistema parasimpático dejó de funcionar. Ni siquiera tuvo tiempo de sentir la humillación, cuando se relajaron los esfínteres el de la gorra le propinó un puñetazo en la barriga.

—¡Serás guarra! Esta tía se acaba de cagar encima —Y volvió a pegarla.

De nada sirvieron sus súplicas.

—¡Nos has arruinado la fiesta, japuta! —terció el bajito, como justificándose.

No puede acordarse de cuántos golpes recibió, pero no se prolongaron por mucho tiempo. Dejó de oponer resistencia y pronto se cansaron de apalear a un pelele. La tiraron por el terraplén y luego estuvieron hurgando en su coche, para ver qué podrían robarle. En algún momento perdió el conocimiento, cuando recuperó la conciencia habría pasado poco rato, porque el crepúsculo mostraba esos tonos violáceos previos a la total oscuridad. Se habían esfumado, junto a su coche y su abrigo. La habían dejado ahí tirada, a merced de las alimañas y del relente. Afortunadamente, no habían podido encontrar su preciado iPhone.

La temperatura desciende rápidamente, no sabe cuánto tiempo va a tardar en entrar en hipotermia; en un último esfuerzo, se acurruca para intentar conservar el calor corporal.

-o-

Hace ya un par de horas que su mujer debería haber llegado a casa de su cuñada. Tiene un mal presagio. No solo es que no responda el teléfono, se lo puede haber dejado en esa cafetería destartalada desde la que llamó la última vez, hacia las seis y media; es que no encuentra explicación a la tardanza. Se anunciaba un frente de origen polar, pero en la web de la DGT no aparecen carreteras bloqueadas; si hubiera tenido un accidente, le habrían llamado; si fuera una avería, seguro que alguien se habría parado a socorrerla y le habrían prestado un teléfono.

Llama otra vez a su cuñada. Ella tampoco sabe nada, también está alarmada. Su esposa es una mujer cabal, resuelta, sabe afrontar cualquier percance o se habría puesto en contacto con ellos. Intentan tranquilizarse mutuamente, pero no es sosiego lo que buscan, sino

respuestas. Se le ocurre llamar a la Guardia Civil, igual ellos tienen alguna noticia.

—Guardia Civil. Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —contesta una voz grave, solemne.

—No sabemos nada de mi mujer desde hace más de dos horas y estamos preocupados.

—Es mayor de edad, entiendo ¿no? —contesta el agente.

—Sí, claro. Quería saber si han recibido aviso de algún accidente. La última vez que hablé con ella estaba en una gasolinera en Utiel —con la voz firme, intenta que no se deshagan de él tan fácilmente.

—Le pongo en comunicación con el puesto de Utiel —contesta el guardia, más dispuesto a ayudarle—. A ver si saben decirle algo.

Mientras espera a que le den noticias. Intenta otra vez contactar con su mujer. Al coger el iPhone, ve un símbolo y se le ilumina la cara. Accede a la app para saber dónde está el teléfono de su chica, y se queda helado al comprobar que el puntito verde aparece en una pista forestal, a sólo treinta kilómetros de su última parada. Se conecta con su ordenador para verlo en una pantalla más grande: un enorme descampado, las construcciones más cercanas están a más de un kilómetro.

—Buenas noches, le hablo del puesto de Utiel, acabo de consultar con el sistema Gamma y no nos consta ningún incidente en este tramo de la A3. Siento no poder ayudarle —contesta una voz algo más cálida.

—Espere un momento. Acabo de ver que el teléfono está en un camino cerca de Siete Aguas —añade atropelladamente el marido.

—Lo sentimos, pero no me parece que dos horas sean un tiempo prudencial para denunciar una desaparición. Seguro que pronto se pone en contacto con ustedes —contesta el agente.

—Oiga, mire, tiene que escucharme. Iba camino de casa de su hermana que está muy enferma. Debería haber llegado hace más de dos horas. Hablé con ella sobre las seis y media, estaba en Utiel. Ahora parece que su teléfono está en Siete Aguas, a poco más de treinta kilómetros. No contesta.

—Lo siento, ese es el procedimiento —insiste indiferente el agente.

—Le ha tenido que pasar algo. Han dicho en las noticias que va a nevar por encima de los seiscientos metros, su vida puede correr peligro, ¿no lo entiende?

—Mire, voy a hablar con la patrulla, si no están con ningún otro aviso ni atestado, igual pueden ir a echar un vistazo —contesta el agente.

-o-

Aterida, vuelve a intentar desplazarse. El teléfono hace rato que no suena, teme que se haya quedado sin batería, lo que sería fatal. Aparta

los malos presagios de su mente y, aunque entorpecida por su debilidad, reanuda su lucha contra el terreno. «Soy un reptil», piensa. «Trasciendo los sentidos. El mundo real no existe, todo está en la mente». El mundo afuera es tozudo, inhóspito y bien real. Existe en cada piedra, en cada desgarro, en el frío que sienten sus terminaciones nerviosas. Los escalofríos se han convertido en convulsiones, los dedos de los pies están helados, siente pinchazos en las manos, su visión se emborrona. No puede seguir y decide buscar una posición de supervivencia. El suelo es por donde se pierde más calor, por lo que se tumba sobre el costado, para exponer la menor superficie a la tierra helada. Agotada, quejumbrosa, obstinada a salvarse, consigue movilizar su pierna izquierda y hacerse un ovillo. Espera que su metabolismo también baje y la proteja el tiempo suficiente. Suficiente. No sabe para qué.

Oye un traqueteo, como de gravilla aplastándose. «Un coche», piensa. No ha escuchado ningún signo de vida humana desde que recuperó la conciencia. Se pone alerta.

—¡Socorro! ¡Estoy aquí! —grita con todas sus fuerzas, aunque su voz es apenas audible.

El chasquido se acerca, despacito. Se le ocurre que podrían ser los *pokeros* que la han atacado, quizá quieren acabar con ella para no dejar pruebas. Se queda quieta, contenta porque el agotamiento haya afectado también a sus cuerdas vocales; no han podido escuchar su llamada de auxilio. El vehículo pasa de largo. Respira aliviada. Luego repara en que se ha detenido a un centenar de metros. El crujir de la tierra significa que alguien se ha apeado.

Suena el teléfono de nuevo.

—No, ahora, no —gime, mientras intenta mimetizarse con el terreno.

Pero sigue sonando con insistencia. La melodía estridente suena durante unos segundos, se detiene, vuelve a sonar. Así una y otra vez. Percibe como las pisadas van acercándose sin remedio. Lloriquea. Una potente linterna empieza a recorrer el paisaje. No tardarán en descubrirla.

—¡Eunice! —varias voces la están llamando.

Finalmente, el haz recala en su figura a unos quince metros de la pista, agazapada en posición fetal, cerca de un roble que despliega sus ramas desnudas, protegiéndola. Un agente se acerca, mientras otro llama por la radio para solicitar una ambulancia. La tapan con una manta térmica que proyecta destellos dorados sobre su rostro de alabastro.

—Todo irá bien —dice un guardia civil con voz atiplada, en un intento infructuoso por mostrar compasión.

Oye la conversación de los agentes. No hay ningún vehículo cerca.

Asumen que la han secuestrado y violado. Será imposible encontrar a los culpables, a menos que hayan dejado células epiteliales, semen y tengan antecedentes. Hablan sobre las pruebas forenses que tendrá que soportar, de la suerte que ha tenido de que no la mutilaran o la mataran. En esa zona hace años aparecieron varios cadáveres torturados. Hablan como si ella no estuviera allí, bajo los destellos dorados, todavía pendiente de mantenerse en vida, recuperando poco a poco el resto de las funciones vitales. Eunice escala la pirámide de Maslow: primero sobrevivir, luego la necesidad de seguridad, después la de afecto. Piensa en su marido. No ha pensado en él desde hace un buen rato. Resulta extraño como la mente puede reducir tanto su foco de atención en situaciones límite. Comprende mejor a su hermana. Ella también está luchando para sobrevivir. Se quiebra en un llanto silencioso, cálido, restaurador.

Ha dejado de ser un reptil y vuelve a ser una persona. Aunque todo pasa como en una proyección antigua. Suena la sirena a lo lejos. Los camilleros se afanan en auparla a la camilla, cruzar el descampado y subir el terraplén hasta llegar a la ambulancia. La maniobra se convierte en un nuevo suplicio. «Un último esfuerzo», piensa.

—¿Dónde está mi iPhone?

—No se preocupe por eso ahora —le reprende el enfermero.

—Hice una foto —articula con dificultad mientras revive cómo tomó una instantánea del coche de los asaltantes antes de tirar el teléfono por el terraplén—, de la matrícula.

—Lo tiene la Guardia Civil —la tranquiliza la médica—, ahora la llevamos al hospital, ya hemos avisado a su marido.

Por fin está en buenas manos. Segura. Mientras la médica de urgencias despliega el protocolo estándar, ve el reflejo fugaz del roble, erguido sobre el pedregal, contra la negrura del pinar, de la noche.



Algo ilegal

Cierra la puerta del despacho con cuidado y se abalanza sobre el luchador de sumo de goma con rabia. Observa el arco parabólico que describe antes de estrellarse contra la foto de Annie Leibovitz. Casi se descoyunta el codo. Duele. Inspira profundamente un par de veces. Se dirige hacia donde ha caído el objeto. (En realidad, sirve para liberar tensiones apretando con el puño, y no para empotrarlo contra la esquina.) Se agacha con ese gesto suyo, femenino, que muchos interpretan como coqueteo, pero que, en la soledad de su despacho, no es más que una costumbre atávica tras años de broncas con su madre «no hace falta que enseñes las bragas a todo quisqui». Se incorpora. Se alisa la falda de lana fría gris al bies y coloca al orondo luchador en su sitio, al lado de la lámpara Ptolomeo. Se acomoda en su sillón de los Eames con la espalda bien apoyada y los pies sobre el reposapiés; para que no sufran las dorsales.

Una vez completado el ritual, abre el portátil, revisa la hoja de previsiones, consulta de nuevo las notas de la reunión de ventas y se queda pensativa. Busca un número en la agenda de su móvil. Lo deja en la mesilla. Busca un número en la agenda del ordenador, se queda un buen rato con la mirada perdida. Revuelve en su bolso. Saca un pintalabios Chanel «rouge audacieuse», coge el móvil de nuevo y enciende la cámara para verse mientras se retoca los labios. Observa la imagen distorsionada que le devuelve la cámara: sus ojos color caramelo están apagados, sus labios carnosos parecen los de un boxeador y lo que se ve peor es esa nariz que, dicen, le da un perfil aristocrático. «Parezco un retrato de Lucien Freud», y apaga la cámara, no es día para videoconferencias.

Por fin, coge el teléfono del escritorio y marca ese número. Responde una voz femenina, profesional

—Quisiera hablar con el Sr. Renau —intenta dar un tono de autoridad a su voz y atajar las preguntas de rigor.

Fabiana no se amilana y exige que le indique cuál es el motivo de la llamada.

—Dígale que llama Eva Narbón, él sabe quién soy.

Respira profundamente para ordenar sus ideas. Tendría que haber prepara-do la conversación. Le tranquiliza pensar que la improvisación es uno de sus pun-tos fuertes.

—Caray, Eva, ¿podrías haberme llamado al móvil? —la voz de Víctor Renau casi la sobresalta.

—Hola, Víctor. He pensado que... bueno, al fin y al cabo, la llamada es «oficial» —contesta mientras hace tirabuzones con el mechón

cobrizo que se ha soltado de su coleta.

—Cómo quieras, ya sabes que puedes llamarme sin problemas, te mando un WhatsApp si estoy reunido. ¿Cómo te van las cosas?

—Unas bien y otras no tan bien —contesta mientras empieza a jugar con su alianza.

—Pues vaya... —Víctor mira por la ventana, llovizna. Hace una pausa. Finalmente opta por un lacónico—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito ese contrato, Víctor.

—Tú siempre tan directa —se vuelve otra vez hacia el escritorio, frunce los labios.

—No te pediría que os retirarais de la subasta si no fuese importante —trata de no sonar suplicante—. Además, sabes que, si entramos a la baja, será ruinoso para el que lo gane de los dos.

—Podemos vernos... —aventura Víctor —Y lo hablamos.

—Para mí esto es prioritario, así que dime cómo tienes tú la agenda —Eva se quita la alianza, se la vuelve a poner.

—Podría quedar a comer mañana —contesta rápidamente.

—Perfecto —Eva intenta recuperar su alianza que ha salido rodando por la mesa.

Se despiden. Se coloca de nuevo el anillo y anota la cita en la agenda.

Fabiana no ha tenido ni que avisarle para que saliera con tiempo y, a las dos en punto, Víctor ya está sentado en la barra del restaurante, tomando una caña. No se han visto con Eva en casi un año. Sabe de ella por terceros, y a través de LinkedIn, claro. Una vez se cruzaron en el aparcamiento de su común cliente, pero no le pareció prudente dejar al grupo de directivos con los que estaba para acercarse a saludarla. Ella no le vio o hizo como que no le veía.

Eva llega con algo de retraso, se disculpa con una sonrisa mientras le da dos besos.

—No has esperado mucho, ¿verdad?

Víctor no puede evitar recorrer con la mirada la silueta de su amiga, cuando ella se da la vuelta.

—Cuidado con el escalón —le advierte el camarero con socarronería, mientras los acompaña a su mesa.

—He pedido ésta que tiene vistas al jardín —comenta Víctor con la mirada anhelante.

—Ah, sí, a mí me encanta esta visión de otoño decadente —Eva le hace un gesto al maître para que les toma nota—. ¿El pescado lo tienen bueno?

—Es la especialidad. ¿Tomarán vino?

—No, gracias. Luego tengo una tarde de locos —Eva vuelve a cruzar la mira-da con Víctor.

—Vaya, pensaba que podríamos…

—Uy, ¡qué tonta! No me malinterpretes, soy yo la que quería verte —. Y le re-compensa con su sonrisa franca, mostrando por primera vez algo de complicidad.

—Ya. Y sólo estamos aquí por negocios, ¿no? —Víctor la mira directamente con los ojos ligeramente entornados, ella rehúye su mirada.

—Lo siento. Voy a relajarme y a ser más amable ¿vale? —Eva ladea la cabeza hacia la izquierda—. Es solo que estoy pasando por momentos muy tensos.

—Para lo que tú quieras, ya sabes —Víctor se acerca al borde de la mesa y le dedica una sonrisa algo bobalicona.

Eva se queda callada. Mira a Víctor, vuelve a preguntarse de qué color son sus ojos, ¿grises? ¿azules? Le quitan algo de severidad a su cara angulosa y contrastan con esas cejas pobladas y rectas. Piensa que el corte de pelo que lleva ahora, un poco más largo, lo hace más humano. Víctor es de esos hombres que pasarían desapercibidos cuando eran jovencitos, pero que maduran con la edad. «Es guapo, objetivamente», piensa y se le ilumina brevemente la mirada.

Durante la comida hablan de la situación económica en España. Aunque no se ponen de acuerdo sobre qué medidas debería tomar el gobierno, sí coinciden con las estrategias que sus respectivas compañías, que son competidores directos, deberían adoptar para mejorar su posicionamiento y estar preparadas para cuando la economía repunte.

También cotillean sobre algunos conocidos. Fulanita se divorció de ese jovencito que estaba claro que solo iba a por pasta. ¿Y sacó algo? Ella, sí, unos cuantos revolcones de miedo, dicen. Ja, ja. Menganito se tropezó en la fiesta de Navidad y le echó el vino tinto a zutanito, con lo presumido que es, tuvo que ir toda la noche con el lamparón burdeos. Je, je. ¡Como en el anuncio! Luego pasan al famoseo y de ahí al cine, para, finalmente, llegar a lo que los llevó a conocerse, cuando cursaban el máster y se hicieron socios del club de amantes de la ópera, su gran pasión.

—Pues este año no hay abono en el Real, los de Marketing son unos chapuzas —se lamenta Eva—. Y como a mi marido no…

—Te puedo invitar —la interrumpe Víctor, acercando su mano a la de ella. La retira al ver cómo se tensa Eva—. Vamos, si quieres.

—Me encantaría —contesta y se aparta un mechón de la cara.

Víctor hace ademán de proseguir, pero se calla. Eva se incorpora ligeramente. Lamenta haber retirado su mano tan rápido. Espera. Al ver el silencio de su amigo, se echa de nuevo para atrás y se hunde en su asiento.

—Entonces, ¿qué dices a mi propuesta? —Eva ha retomado su tono

profesional.

—Es complicado —Víctor levanta las cejas y esboza una sonrisa burlona. Observa las facciones de su amiga: sus patas de gallo, el descolgamiento de la piel en la mandíbula, casi imperceptible. Sus facciones siguen dándole un aspecto atractivo y elegante. Advierte el semblante hierático en su oponente—. E ilegal —añade adoptando también un aire más formal—. Mañana tenemos comité.

Eva hace un mohín. Él se queda meditabundo, como si tuviera algo importante que añadir. Un leve movimiento de cabeza indica que ha desechado la idea

—Te digo algo el viernes.

En el aparcamiento se despiden con dos besos suspendidos en el aire. Eva se monta en su coupé, dando un portazo. El chofer le abre la puerta a Víctor. Antes de entrar en el coche, contempla como Eva baja la capota, se anuda un pañuelo para protegerse el peinado, se enfunda sus enormes gafas de sol y se esfuma tras la polvareda que levanta sobre la gravilla. Víctor mira al suelo, suspira y se queda ensimismado.

—¿A la oficina, señor?

—Sí —contesta Víctor en tono melancólico. Se acomoda en su asiento y contempla el perfil gris de la ciudad. El último rayo de sol se esconde tras un cielo que le parece más plomizo que nunca.


ELEVATOR

Ascenso al infierno

La puerta del ascensor está cerrándose, arranca en una ligera carrera que con sus tacones se convierte en unos saltitos casi imperceptibles, le da al botón, consigue que se abran las puertas y las caras la miran aterrorizadas. Está abarrotado y deberá esperar al siguiente. Es entonces cuando percibe que la figura inmóvil y siniestra que está a su lado es su jefe, el vicepresidente.

—Buenos días, don Anselmo —le saluda con cortesía, pero ni se molesta a dirigirle una sonrisa, ni tan siquiera una mirada. ¿Para qué? Nunca ha mostrado ni el más leve gesto de humanidad, ni siquiera cuando gana su equipo favorito, ese del que se vanagloria de ser amigo personal del presidente.

—Buenos días, Fabiana —contesta él, como si en lugar de haber sido su secretaria durante los últimos quince años, no fuera más que la mujer de la limpieza y su saludo fuera un mínimo gesto de educación.

Fabiana pulsa el botón de la vigésimo cuarta planta, la última del botonero. El ascensor se detiene en la planta tres. Don Anselmo chasquea los dientes.

—Buenos días —saluda una chica de veintimuchos, vestida con un traje chaqueta color gris marengo, un pañuelo Hermés en el cuello con cuadrigas doradas cabalgando hacia su destino sobre un fondo añil.

—Buenos días —contesta don Anselmo, esta vez sí mirándola a la cara—. ¿En qué departamento trabaja
usted?

—Permítame que me presente —contesta directa y sosteniéndole la mirada, mientras le tiende la mano y añade—. Mi nombre es Estela de los Ríos Cabeza de Vaca y estoy en el departamento de Control de Gestión, superviso los ingresos de la unidad metalúrgica para asegurar que se cumplan los objetivos.

Don Anselmo estrecha su mano, satisfecho. Han llegado a la octava planta, donde Estela les da un lacónico «que pasen un buen día» y sale aliviada del ascensor. Se cruza con Jaime, el de contabilidad, que no se dar cuenta de la mirada de advertencia y se cuela en el último segundo en el ascensor.

—Buenos días —titubea Jaime al entrar y descubrir al todopoderoso vicepresidente.

—Buenos días, Jaime —le contesta Fabiana tratando de animarlo. Jaime entró en la compañía el mismo año que ella. Es un hombre afable y muy tímido, solo abre la boca cuando se habla de música, ya sea Purcell o Wynton Marsalys, su exquisita sensibilidad ha conseguido arrastrar a la pasión por la música a más de un brutote de

la oficina. Por lo demás, está escondido en un rincón del departamento de contabilidad y, aunque es la mano derecha del director, nadie tiene muy claro a qué se dedica exactamente. Tampoco él sabría explicarlo: encontrar la fórmula para llevar al activo una operación desastrosa, camuflar delante de los auditores ingresos que todavía no son ciertos, crear sociedades pantalla para esconder pérdidas y, en general, idear esos detalles que hacen que la creatividad financiera se materialice.

—Buenos días —contesta don Anselmo, mirándolo a la cara—. ¿En qué departamento trabaja Ud.?

—En Contabilidad, señor —balbucea Jaime.

—¿Y a qué se dedica?

—A contabilizar, señor.

Don Anselmo ha formulado la pregunta fatídica y Jaime tuerce el gesto consciente de que acaba de firmar su sentencia. La empresa está en pérdidas. Él tiene que conocer perfectamente la situación, porque seguro que participa en la sombra en los intentos que se están haciendo para renegociar la deuda y sabrá que los bancos, como es habitual, han pedido una reestructuración que pasa por vender algunos activos «no estratégicos» y, por supuesto, por un ajuste de la plantilla.

Desde hace unas semanas, cada vez que don Anselmo se cruza con alguien en el ascensor, le pregunta a qué se dedica y si la respuesta no es satisfactoria, esa persona pasa a engrosar la lista de los despidos. Según el criterio del vicepresidente, si alguien no es capaz de explicar cuál es su valor añadido para la empresa, significa que es totalmente prescindible.

Jaime se baja en la planta diecinueve cabizbajo. Se despide de ella con la mirada triste. Ni siquiera su poderoso jefe va a poder salvarle de ésta, también él teme a don Anselmo. Ya le había advertido de que no tomara el ascensor, pero por su arritmia tenía que asumir ese riesgo o el de morirse para llegar a su puesto de trabajo. Se queda pensativa. Conoce a Jaime porque ambos entraron como becarios y han intimado desde que su marido, cardiólogo, lo trata. «Este hombre no tiene corazón, ni criterio.»

Fabiana y don Anselmo llegan a la última planta. Se bajan del ascensor y se dirigen a su despacho.

—¿Le traigo el café? —pregunta rutinariamente, mientras le deja el diario encima de su escritorio de caoba.

—Sí, gracias. Y tráigame el expediente del tal Jaime.

Son las nueve en punto y parece satisfecho por haber tomado la primera decisión del día. Está convencido de que hace un gran servicio a la empresa y, por ende, a la humanidad.

Cuando regresa al despacho con el café, se encuentra a don Anselmo tirado en el suelo. El periódico económico, está abierto por una página con el titular «GE se desprende de su unidad metalúrgica». Sabe que lleva meses negociando esa operación, la venta de la división metalúrgica a General Electric les hubiera sacado de apuros y permitido negociar con los bancos en mejores condiciones. Con ese cambio su empresa se verá abocada a aceptar la oferta de una firma de capital riesgo. ¿Qué será de él? Llenarán el Consejo y la dirección de la empresa de ejecutivos jóvenes formados en empresas de inversión, que no entienden nada del negocio de verdad. Se habrá visto prejubilado, perdiendo todos sus privilegios, su silla en la CEOE, los almuerzos con ministros.

Don Anselmo se oprime la mano en el pecho y suda con profusión.

—¿Se encuentra Vd. bien? —se acerca a él y comprueba que está consciente—. Voy a pedir ayuda, intente respirar lentamente.

Fabiana sale del despacho cerrando la puerta con cuidado. El móvil de su jefe no estaba a la vista y la americana colgada en el sillón de cuero lejos de su alcance. Su marido siempre advierte que cuanto más pronto se obtenga ayuda de urgencias, más fácil es superar un infarto y menos daño sufre el corazón.

Se sienta en su mesa y saca la lima de uñas.



Instante

Al abrir la cancela, inspeccionó el jardín; meticuloso y atento, calculó cuánto trabajo tendría que dedicarle durante el fin de semana. Subió el primer peldaño de la escalinata y una imagen fantástica se materializó en una esquina de su retina: sobre el fondo de hojarasca, ramas secas y coníferas desgastadas, una rosa restalla su carmesí contra el gélido gris de un atardecer de enero.

Rebuscó en el bolsillo de su abrigo de alpaca, luego en el derecho de su americana de raya diplomática, deslizó el guante de piel de cabritilla para examinar el bolsillo izquierdo del pantalón y luego concluyó su liturgia, abriendo con parsimonia el maletín y descubriendo la llave de casa al tiempo que la sirvienta le abría la puerta.

Bien mirado, el señor era una persona peculiar. Todos los días estaba atenta a oír la verja, él se pasaba sus buenos cinco minutos buscando la llave porque solo utilizaba el garaje en verano. Tenía la extraña teoría de que el frío avivaba los motores, ni que fueran jovencitos a los que hay que despertar de una borrachera. Pero sus manías se extendían al almidonado de las camisas, todas blancas del mismo algodón egipcio, al abrillantado diario de sus zapatos de cordones, a la temperatura casi ardiente con que tenía que servir la sopa de los lunes, hasta a la ubicación precisa del bonsái, a veintitrés centímetros de la vidriera y a cuarenta y siete de la pared oriental. Incluso preguntó a su vecina, la que había hecho el bachillerato, qué significaba exactamente «oriental», porque no veía en la pared esa algo que pareciera chino ni nada por el estilo.

Aunque, a decir verdad, hacía una temporada que estaba muy raro. Me saludaba al llegar a casa, me preguntaba por mi hijo Serafín y ese tipo de cosas. También pasaba más tiempo con su hija Estela, y le pillé un día peinando las muñecas con la niña como si fuera un peluquero de esos de las famosas.

Ese día, se había ido directo al salón a ver a la señora. Le solía dar un beso en la mejilla, mientras ella continuaba leyendo una revista o conversando por teléfono con alguna amiga (bueno en el *chat* o lo que sea que hacen con esos aparatos), pero se quedó un momento parado, como si fuera a decir algo importante.

—Parece que ya hay signos de primavera —añadió y como si no esperase contestación de su mujer, salió otra vez al recibidor.

Como todos los jueves, Gustavo subió al dormitorio, se puso el pantalón corto, la camiseta y, antes de calzarse las zapatillas, comprobó que no tuvieran ninguna mancha o rozadura. Cuando hacía

frío, corría por la vereda hasta el parque infantil, lo rodeaba y volvía a retomar el paseo hasta llegar al colegio americano, donde hacía una corta carrera, y regresaba trotando. En total, cincuenta minutos, sin contar los estiramientos, ya en el jardín de casa. Luego se sumergía en el jacuzzi durante dieciocho minutos, se ponía un pijama limpio, la bata de satén y las pantuflas. Bajaba al salón y revisaba su colección de arte contemporáneo, se servía una copa de fino y se apoltronaba en su sillón orejero para, enfundado en los cascos, escuchar a Berlioz hasta la hora de cenar.

Cuando fui a avisar de que la cena estaba ya lista, me sorprendió que el butacón estuviera vacío. La señora no se había dado cuenta, atenta a su libro.

Cecilia fue a buscar a su marido al despacho. ¿Dónde se habría metido? Reparó en que era jueves y le asaltó una ligera sensación de un temor antiguo y escondido en los repliegues de su memoria; descartó que hubiera sufrido algún percance durante la carrera, aunque ella siempre le advertía de que no era una buena idea salir a correr solo.

—Dele la cena a Estela. No le cuente nada, no quiero que la niña se preocupe —dijo y se dispuso a dar una vuelta para ver si lo encontraba.

—No se preocupe, señora —añadió Manuela, mientras le tendía las llaves del coche que Cecilia tampoco era capaz de encontrar.

Había conocido a Gustavo poco después de licenciarse, cuando todavía no sabía si quería continuar estudiando un *master*, empezar a trabajar en la empresa de un conocido de su padre o irse un año sabático a ver mundo, le daba igual si era la parte acuática o la terrestre, con tal de alejarse de un entorno que le parecía extremadamente burgués. Mientras se decidía, se pasaba los días tomando el sol en el club y las noches de parranda. Descubrió los lugares de moda y, sobre todo, los locales golfos, donde realmente estaba la gente interesante. No estaba muy claro cómo había llegado a enamorarse de Gustavo. Era la encarnación del niño pera, usaba un vocabulario preciso y exquisito, se mostraba siempre atento en todo y vestía invariablemente uno chinos, azules en invierno, crema en verano, camisa —que ya entonces era siempre blanca— o un polo y unos náuticos. Su Golf negro, exhibía la misma pulcritud que su persona y había conseguido protegerlo de adhesivos y muñequitos de trapo.

Eran las cuatro de la madrugada de un sábado en la Boca del Lobo, donde la presencia atildada de Gustavo había desviado las miradas de gente que, por lo demás, eran indiferentes a la indumentaria de modernos enfundados en ropa interior de la abuela, *rastas* andrajosos e incluso algún *skinhead* que demostraba su ideología con el consabido

tatuaje «no religion». Estaba debatiendo con su amigo sobre la existencia de Dios, cuando apareció un compañero de la facultad y le presentaron a Cecilia. El debate se extendió a grito pelado al recién incorporado grupo durante más de una hora, hasta que languideció, sin llegar a conclusiones absolutas, ni que ninguno se hubiera cuestionado en lo más mínimo sus profundas creencias. Alguien propuso ir a tomarse un bocadillo antes de regresar a casa, Cecilia se manchó con la salsa tártara —o lo que fuere que daban con los calamares —y Gustavo se ofreció a acompañar a Cecilia. Su afectada caballerosidad la conmovió y aceptó una cita para ir al cine al día siguiente.

-o-

Miró el termómetro del coche y, aunque hacía menos frío del que parecía, no se tranquilizó. En los diez años que llevaban casados, era la primera vez que su marido se retrasaba sin avisar. Intentó recordar si había hecho algún comentario al llegar a casa, le sonaba vagamente un inicio de conversación que se le había antojado trivial. Recorrió lentamente la carretera que bordeaba la vereda; con el reflejo de la luna sería capaz de ver a alguien que estuviera tirado sobre la vegetación, especialmente si llevara una camiseta blanca. Llegó hasta el parque infantil, que albergaba los botellones de los jóvenes de la urbanización, incluso en invierno, pero un jueves a la hora de cenar era un paraje abandonado. Retomó la carretera en sentido contrario hasta el colegio americano, donde quedaban todavía algunos coches que recogían a los alumnos tras los entrenamientos de rugby. Preguntó a algunos vecinos por si habían visto a Gustavo, pero no se habían fijado en los corredores que pasaban de tanto en tanto. Decidió regresar a casa.

—Quizá debería llamar a algún hospital —le susurró Manuela.

—¿Dónde está papá? —preguntó su hija Estela al entrar las dos en la cocina.

—Ha tenido que ir a la oficina —mintió.

—¿Y por qué se ha ido vestido de gimnasia?

—Acábate la cena y a dormir —respondió la madre para atajar la conversación.

Cecilia decidió quedarse un rato con su hija, para que no se alarmara. Le peló la fruta y calentó un vaso de leche en el microondas. Manuela se había sentado de nuevo y cenaba encogida, cabizbaja, la mirada fija en la tortilla de patatas. Siempre había sentido pudor al comer delante de la señora.

La tortilla me quedó bastante jugosa, una pena que el señor se la iba a tomar ya fría y a él recalentada no le gustaba nada. Pero Estelita, ya me había dicho un par de veces que era un sol, porque la cena estaba siempre muy rica, no como en el colegio. ¡A saber qué le darían

de comer en el colegio! Nunca había visto a la señora tan inquieta y tampoco era para tanto. Es que la señora estaba demasiado bien acostumbrada. Si cada vez que un hombre llegaba tarde a su casa tuviera una que ponerse así… Pues se habría encontrado a algún amigo y estaría en su casa tomando una cerveza.

Cuando la niña terminó la cena, la señora subió a acostarla y me dijo que me retirara. Me quedé recogiendo la cocina, cuando oí el timbre. Ella bajó tan rápido que no me dio tiempo ni a salir de la cocina. Era el señor que llegaba jadeando y le dio un beso en los morros a la señora, ¡delante de mí! Me di rápidamente la vuelta y cuando abría la puerta de mi cuarto, le oí que me deseaba buenas noches.

—Que descanse, Manuela —le dijo a la sirvienta y volvió a darle un beso a su chica.

Se sentía lleno de energía y ahora que estaba por fin en casa, solo quería tomarse una sopa caliente y acostarse con su mujercita.

—¿Sopa? Hoy es jueves cariño —Su mujer lo miraba enarcando las cejas.

—Seguro que queda algo en el congelador —dijo mientras se abría una lata de cerveza—. Subo a darle un beso a Estela y a ponerme el pijama.

Contempló a su preciosa hija. Respiraba tranquila abrazada a su perrito de peluche. La besó en la punta de la nariz y acarició su piel blanca y suave, no quería despertarla. Se dio una ducha rápida, se puso el pijama que estaba preparado encima de la cama y bajó a cenar. Le encantaba el tacto frío del batín sobre su piel.

—¡Por fin, solos! —susurró a su mujer mientras la rodeaba por detrás con sus brazos.

—Estás un poco raro últimamente —contestó ella dándose la vuelta y lo apartó sin brusquedad—. ¿Dónde has estado? —Se giró otra vez para continuar friendo el filete.

—He ido a correr, como siempre.

—Has llegado casi a las diez —dijo con esa voz de calma que precede a la tempestad—. Gustavo, estaba muy preocupada —su voz sonaba más a lamento que a reproche.

No sabía qué contestar. Había salido como siempre hacia el parque, cuando estaba ya anocheciendo, y se había quedado cautivado de una urraca que picoteaba algo de comida entre unos escombros. Recordaba haber seguido al pájaro entre las matas de lavanda y luego se había encaramado a un plátano con las ramas desnudas. Allí se habían quedado observándose el uno al otro. Él la había retado a una carrera. La urraca volaba y lo esperaba hasta que la alcanzara, luego emprendía el vuelo y volvía a esperarlo un tramo más allá. No sabía cuánto rato había durado el juego, pero cuando su amiga se despidió

para emprender su vuelo nocturno de regreso al nido, se sintió exultante y había enfilado hasta su casa desde el fondo de la urbanización.

Su mujer lo miraba con cara de interrogación y él seguía sin saber cómo explicarle que en lugar de preguntarse por el origen de los escombros que vio nada más llegar al parque y dedicarse todo el trayecto hasta el parque infantil a redactar mentalmente la carta de protesta que haría llegar al ayuntamiento o de preparar el discurso que haría al respecto en la próxima reunión de vecinos en el trayecto de vuelta, había decidido seguir a la urraca. Y se adentró en el bosque mágico de su infancia, aquel lugar al que se retorna cuando conseguimos conectar con el presente, con nosotros mismos, nuestros anhelos, nuestras esperanzas. Y no había podido parar de correr. Trotando a ratos, haciendo requiebros entre los árboles. Pensaba en todo lo que le quedaba por vivir, se permitió construir castillos en el aire, sin importarle que se desvanecieran y dejaran paso al siguiente sueño, se dejó vencer por el placer de pisar la tierra blanda, de sentir el frío en la cara, de notar el sudor recorriendo su espalda y se preguntó por qué siempre le había repugnado tanto esa sensación. Medio salvaje, eufórico, había decidido volver a su casa para demostrarle a su querida Cecilia cuánto la seguía queriendo después de todos estos años, desde que se la habían presentado en aquel antro, dudando entre una carrera profesional o la vida de ocio propio de las niñas pijas.

-o-

Vendrían muchos momentos intensos en las siguientes semanas. Se liberaría de algunos miedos arraigados en sus ancestros: a ir contracorriente, a tomar decisiones incómodas, a dejarse llevar por placeres grandes y pequeños. Su mujer lo observaría entre fascinada e inquieta, disfrutando del momento y temiendo que esa felicidad se quebrara; hasta que aparecieran las jaquecas, las alucinaciones y el maldito tumor emergiera como el causante de su euforia. Y tuviera que tomar decisiones difíciles y mantener conversaciones no deseadas y encarar la vida de frente y aprender a vivir el presente para arrancarle a cada instante todo lo que pudiera dar de sí.



Que no se lo lleve el viento

La casa sigue ahí. Año tras año, con cada nueva visita que Laura realiza a su ciudad natal, la ve desmoronarse lentamente. 1885 reza en el frontispicio, pero los últimos quince años han ido transformado el edificio que fue la vivienda de sus abuelos durante más de medio siglo en una ruina. Contempla un nuevo desperfecto en el balcón que da a la carretera: se ha desprendido una parte del suelo y la barandilla aparece retorcida, como si fuerzas telúricas pugnaran por retomar el control y se jactaran de su fuerza sobrehumana que siempre acababa por imperar.

Esta tarde de agosto, ha dejado a sus hijos en casa de sus padres y aprovechando que el bochorno es algo más soportable, ha decidido darse una vuelta y comprar unos helados artesanos. Al pasar por delante, le parece que la casa vibra acariciada por los últimos rayos del atardecer. Se queda unos instantes pensativa, aparta un pensamiento absurdo de la cabeza y continúa su camino. Mientras pide los helados, le vuelve de nuevo ese pensamiento: con la fachada principal orientada al sur, resulta totalmente imposible que la antigua casa de sus abuelos desprendiera esa claridad.

Coge la bolsa con las terrinas, saluda a unos viejos conocidos sin entretenerse y decide hacer una inspección ocular a consciencia. Al llegar a la altura de la casa, gira por la calle lateral y observa con detenimiento la fachada de poniente, la terraza trasera y la galería. Parece que los *okupas* por fin han decidido marcharse, espera que se reinserten en la sociedad. Se suponía que cuando las ocupan, se dedican a restaurarlas, incluso organizan actividades y talleres para el barrio, pero en este caso, eran solo una panda de guarros que...

—No pienses mal de ellos, a pesar de su aspecto desaliñado, han cuidado la casa todo este tiempo —el pensamiento se cuela como si lo hubiera pronunciado alguien dentro su cabeza.

Extrañada, vuelve a centrase en los detalles de la casa. La pintura de los postigos de madera se está desconchando.

—¿Te acuerdas de cuando ayudaste a pintarlos la última vez? —otra vez la voz en su cabeza.

Lo recuerda perfectamente. Batalló con la primera puerta durante más de una hora y eso que contaba con el soplete para eliminar la pintura vieja. Tras descubrir tanta resistencia decidió abandonar.

—De todas formas, intentaste echar una mano, eso es lo que cuenta —dice de nuevo la voz, que va tomando una identidad cada vez más diferenciada de su propio pensamiento.

Sigue comprobando el estado general de la fachada lateral, la

ventana ciega, el pequeño balcón, los adornos de estuco que se han ido desprendiendo y hacen cada vez más difícil adivinar lo bonita que fue la casa en otro tiempo.

Reanuda pensativa su paseo. Al llegar a casa de sus padres, le pregunta a su madre por la situación de la casa de los abuelos. ¿Por qué los dueños no la tiran abajo? Hace más de diez años que está vacía, los inquilinos del segundo también se mudaron y el bazar chino del bajo no debe pagara mucho por el alquiler. Su madre no sabe darle una respuesta clara: la crisis, problemas con una herencia y ella olvida el tema.

Regresa a su piso en la capital y retoma su rutina diaria. Pero algunas noches la asaltan sueños extraños que solo es capaz de evocar como una secuencia de presencias oscuras. Con el paso de los días esos sueños son más reconfortantes y, aunque no consigue recordarlos, se despierta con la seguridad de que verdades fundamentales le han sido reveladas. El ejercicio nocturno de repasar los acontecimientos del día, valorarlos y llegar a conclusiones más o menos prácticas, se va pareciendo cada vez más a un diálogo productivo con lo que ella consideraba un otro yo más crítico y asertivo:

—¿Qué piensas hacer con tu jefa? Es un tema al que le das muchas vueltas —le dice esa otra voz.

—Pretende que asuma la responsabilidad por ella.

—¿Y sigues dispuesta a bailarle el agua?

—No, ya no.

—…

—Tengo que decírselo claramente y que entre en razón —añade.

—Y, ¿cuándo va a ser eso? —insiste la voz.

—Esta semana tengo una agenda complicada.

—¡Y, una puñeta! Puedes hacerlo mañana mismo, sabes que se te da muy bien. Así que, ¡basta de excusas y actúa! —grita la voz y calla hasta que el siguiente pensamiento incómodo vuelve a cruzarse en su mente.

Antes pasaba noches de insomnio dándole vueltas a problemas fundamentales, como el acoso escolar que sufrió el pequeño; otras, angustiada por nimiedades, repasando la lista de ciento siete reparaciones pendientes en casa, lo sabe porque las escribió todas en un archivo, ciento siete que por acumulación llegaron a ser traumáticas. Ahora es capaz de ir descartando pensamientos de culpabilidad que no llevaban a nada y elaborar estrategias para salir airosa del lodazal propio de una madre trabajadora con hijos en edad escolar.

Esa nueva voz interior va tomando fuerza, aunque solo se manifiesta en la vigilia.

En las sucesivas visitas a su ciudad sigue observando extraños

cambios en la casa. Al pasar delante de la casa por Navidad, le sorprende que la fachada esté más arreglada. Alza las cejas e intenta recordar, «¿no había un *graffitti* con la típica «a» mayúscula con un rayo dentro de un círculo? Juraría que estaba al lado del portal. Si la hubieran eliminado habría pintura reciente, pero no se ve ningún rastro».

A finales del invierno, aprovecha un viaje de trabajo para visitar a sus padres y al pasar con el taxi por la calle lateral, se queda estupefacta. Hay unas sábanas tendidas en la terraza, las pinzas de madera ennegrecidas por la lluvia están colocadas con precisión. Recuerda cómo la instruía su abuela cuando tenía diez o doce años: «En cada uno de los dos extremos se ponen dos pinzas, para que no se la lleve el viento, luego otra cada palmo y se deja que el aire las seque.»

Unas semanas más tarde, le llama la atención el azul lustroso de una urraca en uno de los balcones: el pájaro preferido de su abuelo. La mira con picardía y luego se cuela en la casa por una rendija.

En primavera, aprovechando un puente para que sus hijos visiten a los abuelos, se acerca a la casa; esta vez de forma deliberada. La puerta del portal está entreabierta y, sin poder refrenar una intensa curiosidad, sube. Ya en el rellano del primer piso, no se atreve a continuar. Duda, la puerta cede y decide entrar. La casa está limpia y medio vacía. Al fondo del pasillo, ese que en su infancia temía que se la tragase, parece que una luz tenue y acogedora ilumina la sala.

—¡Hola! —grita—. ¿Puedo pasar?

—Te estábamos esperando, cariño —otra voz se forma en su mente. Una voz que reconoce y ha echado de menos. Ya casi no distingue entre lo que ve, lo que piensa, lo que siente.

—¿Abuelo?

Se acerca a la sala y, aunque la luz es demasiado débil, puede distinguir unas sombras.

—Ven, siéntate un rato —continúa su abuelo.

Allí sigue una de las sillas de diseño escandinavo que sus abuelos compraron en los años cuarenta, con su cojín de tela escocesa. Se sienta. Las lágrimas empiezan a brotar, hasta que su cuerpo cede y se agita en un sollozo. Las palabras luchan con fuerza para hacerse oír.

¡Cuánto ha echado de menos a sus abuelos! Su apoyo incondicional, esa sabiduría ante los avatares de la vida, ya fuera tranquilizarla por un noviazgo roto o reconfortarla tras comprarse un piso y endeudarse durante media vida. El coraje para enfrentarse a su jefa Loli, una ejecutiva dura de roer, tras ese nombre de cajera de supermercado.

—Sabes que aquí estamos —le consuela su abuelo.

—Cariño, puedes contar con nosotros cuando nos necesites — dice su abuela.

Poco a poco se va calmando. Escucha el matraqueo áspero de una urraca y la imagen se desvanece. La silla en la que se sienta está desvencijada y la luz se cuela por una grieta en la galería. La urraca insiste con su voz machacona *tcha-tcha-tcha-tcha* y se dirige por el pasillo hacia la puerta. Se levanta y recorre la casa. Está mucho más sucia de lo que le ha parecido al entrar.

Al salir, la urraca alza el vuelo hasta un cartel que anuncia la próxima construcción de viviendas de *alto standing*. Mira la casa por última vez. Y de pronto, lo entiende. Sonríe. Nunca se fueron, siempre han estado ahí, en su mente; forman parte de ella misma. Para siempre.



Una noche cualquiera

La noche de reyes no es una noche cualquiera, al menos para los pequeños tiranos y los adultos con obligaciones paternales; pero para Loli, tratándose de un sábado, la magia residía en otros juegos y en otros escenarios. A sus veintipocos años, sus anhelos estaban constituidos todavía por un remolino de ilusiones insignificantes y grandes esperanzas: ponerse el pantalón corto y las botas altas para arrasar, pensar en su futuro como encargada, que la dejaran pasar en la disco de moda, escapar del barrio de viviendas sociales con remiendos perennes donde vivía, alejarse del griterío para hacerse escuchar de verdad.

Al planificar los turnos del mes en el supermercado en el que trabajaba, las madres habían conspirado para poder ver la cabalgata con sus hijos, así que Loli tuvo que tragar con trabajar ese sábado por la tarde. Lo peor de ese turno era que había tenido que comer muy temprano y luego solo tendría un descanso a media tarde para comerse un bocadillo. Mientras iba bajando las escaleras del metro, sus pensamientos vagaban entre pequeñas venganzas a sus compañeras y la renuncia heroica.

Cuando se montó en el primer vagón, vio un asiento libre y se precipitó hacia él. Mala suerte, una señora rechoncha, con una papada digna del pavo de nochebuena, le ganó la carrera; no hizo falta *fotofinish* porque las milésimas le permitieron ocupar el sitial sin que Loli pudiera evitarlo. Así que se encontró en el vagón abarrotado, sujeta al colgador (algo que siempre le resultaba fastidioso) y sometida a las inclemencias de la vía. Le quedaban doce paradas. Calculó mentalmente que eso era una media horita y su malhumor aumentó, aunque no de forma muy perceptible. Al llegar a la parada de Can Vidalet, un señor mayor se colocó a su lado. En seguida notó que era un espécimen del género sobón. Intentó separarse de él, pero al momento lo tenía de nuevo pegado. El frotamiento era leve, pero no podía ocultar su intencionalidad. En la siguiente parada, aprovechó la bajada de viajeros para acomodarse contra una de las puertas. Estuvo un rato tranquila, escuchando música con su MP4. Se había olvidado del incidente, cuando otra vez notó un contacto demasiado directo contra su muslo derecho y al alzar la vista vio al infame «bola de sebo». Esta vez, estaba atrapada contra la puerta y tuvo que enfrentarse directamente:

—Oye, ¡apártate un poco, bola de sebo, y métele mano a tu puta madre!

Pero no obtuvo ningún tipo de respuesta, el sucio pajillero no

cambió de actitud y el resto del pasaje que estaba apenas un palmo de distancia, se comportó como el rebaño de asnos que normalmente podemos observar en grandes aglomeraciones humanas; nadie hizo ademán de haberse enterado de la situación. Ya sólo quedaban dos paradas, así que se resignó, aunque no lograba concentrarse en la canción de Estopa que tanto le gustaba. Al bajar en Sagrada Familia, el tipejo le pellizcó en el culo y cuando Loli se dio la vuelta para propinarle un bofetón, la avalancha de gente que se apresuraba hacia el trasbordo, se lo impidió. Su enfado aumentó al adivinar de refilón una ligera sonrisa en el roñoso sobón. Enrojecida por la sensación de impotencia, se quitó los auriculares y gritó:

—¡Gordo cabrón! ¡A los hijoputas como tú habría que cortarles los *güevos*!

Empezó su turno con normalidad: mucho trabajo hasta las dos y media, y luego tranquilidad total hasta pasadas las cinco; tras la hora de la siesta, empezaban a llegar clientes que se apresuraban con las últimas compras antes de la noche de reyes: roscones, cava, cervezas, pan, papel higiénico, preservativos. Las típicas compras de urgencia.

Hacia las ocho empezó a mirar el reloj a cada instante. Se hicieron las ocho y media: apenas media hora y podría irse a casa. La afluencia había bajado de nuevo y estuvo un rato distraída pensando en que le quedaban algunos regalos por envolver y en que no se le podía olvidar el roscón que tenía que llevar al día siguiente a casa de su hermano. Le encantaba jugar con sus sobrinos a descubrir los regalos y después saborear un chocolate espeso con los papeles de colores esparcidos por el salón.

El vigilante se acercó y le soltó una de sus gracias, a la que Loli no respondió, le parecía un chulo y además tenía fama de machito que piensa que las mujeres son de usar y tirar. Al ver el desdén de la chica, el vigilante musitó alguna grosería y se dirigió a la otra cajera; ella sí se dejaba embaucar. El hombre se esforzaba por hacer resaltar unos músculos abonados con anabolizantes y sudor. «Ella sabrá», pensó Loli, «desde luego lo que es a mí, nunca me va a poner en ningún aprieto este segurata de mierda.»

Al atender a la siguiente clienta, que llevaba carro desbordante, descubrió un producto sin etiqueta que no logró localizar en su listado. Cogió el micro:

—Por favor, encargada, pase por la caja número tres.

—¿Qué pasa? —dijo la supervisora asqueada por la monotonía de su día a día.

—Esta sartén está sin código y no me viene en la lista de referencias —Loli esbozó una sonrisa, gesto que fue ignorado con una mirada glacial.

La única preocupación de la encargada era que no se acumulase

cola y poder cobrar los incentivos. Loli se quedó pensativa, dudaba si conseguiría salir en la foto de empleada del mes; sus compañeras le decían que era demasiado combativa para ser jefa, y esperaba que todo el esfuerzo que había puesto las últimas semanas en su formación para ser supervisora no pasara desapercibido por Juli, el delegado de zona. Distrajo su mirada hacia el exterior; por el trajín, se diría que eran las seis de la tarde. Vio acercarse a dos Papá Noel. «La gente está muy despistada», pensó. La encargada había vuelto y empezado a enumerar el código, cuando abruptamente se interrumpió, y su expresión angustiada puso a Loli en tensión.

—Si se están quietos, todo habrá acabado en dos minutos —una voz chillona sonó detrás de la barba blanca.

—¡Alto ahí o disparo! —intervino el vigilante.

El vigilante intentó desenfundar su arma, pero sus excesivas atenciones a la cajera le habían impedido reaccionar a tiempo y ya el segundo Papá Noel se había precipitado sobre él; cayeron al suelo y empezaron el forcejeo. Un amasijo de brazos y piernas. Patadas, arañazos, la peluca y el gorro arrancados, la cara del maleante al descubierto. Las manos se afanaban por controlar el arma, afortunadamente todavía en su funda. El otro atracador se dirigió a la primera caja. Loli no ofreció resistencia e introdujo su clave de acceso, activó el pulsador y el cajón se abrió. Calculó que habría poco más de 400 euros, había vaciado los billetes grandes hacía un rato. El ladrón la apartó bruscamente, lo que la hizo caerse y golpearse la cabeza. La señora a la que estaba atendiendo la ayudó a levantarse y mientras se acariciaba el chichón, una furia seca fue invadiéndola y cegándola poco a poco. Se habían acercado el carnicero y el frutero, intentando tranquilizar a la clientela. Los ánimos estaban bastante serenos, como si todavía no comprendieran la magnitud de la amenaza. Los atuendos tan familiares les darían un aire cómico a los ladrones, a no ser por el arma que blandía el cabecilla a medida que se acercaba a la segunda caja, increpando a la encargada para que fuera abriendo las que estaban cerradas.

Los atracadores expertos obligan a todo el mundo a echarse al suelo, provocando en sus víctimas un pavor paralizante. Estos papanoeles de baratija, no habían sido previsores. En el suelo, el otro atracador había conseguido arrebatarle la pistola al vigilante y cuando éste intentaba recuperarla, se disparó, hiriéndose en un brazo. El sonido del disparo desató la histeria general; algunos clientes se precipitaron hacia la calle y en la estampida, arrollaron al otro atracador que, desconcertado, describió una trayectoria peripatética hasta el embaldosado, se diría que meditando sobre las azarosas circunstancias de su caída y el final que presagiaban. Loli al verlo extendido entre las cajas tres y cuatro, tomó una rápida

determinación:

—Sartenazo en el cabolo —murmulló, mientras ejecutaba el golpe con un gesto expeditivo y preciso.

Loli dibujó una sonrisa, observando como el segundo caco se precipitaba al suelo, paladeando el sabor de la victoria y la revancha. El carnicero y el frutero que estaban atentos a la escena, lo inmovilizaron; tal como lo habían visto hacía sólo unos días en DiscoveryMax. La tarea no fue sencilla; aunque enjuto, la furia del atracador por liberarse era colosal. Pero el carnicero sentó sus cien quilos de carnes bien alimentadas sobre las piernas y el frutero consiguió sujetarle los brazos con la cinta de embalar que Loli le pasó diligentemente.

Un transeúnte había conseguido avisar a una patrulla de la Guardia Urbana que atónitos procedieron a detener al atracador. Otros dos coches patrulla iniciaron la persecución del segundo que se había dado a la fuga con el arma del vigilante. Llegó finalmente la ambulancia para atender a un par de clientes con contusiones y magulladuras. La herida del vigilante no revestía gravedad; la bala era de fogueo y las quemaduras estarían curadas en unas semanas. Les tomaron declaración y les emplazaron a pasarse por la comisaría el lunes siguiente. Aparecieron Juli como delegado de zona y varias personas de las oficinas centrales, para hacerse cargo de la situación. El resto de los trabajadores se despidió hasta el lunes. El vigilante seguía lamentándose con amargura, por su brazo y, principalmente, su orgullo dañados: el forzudo que no había podido hacer frente a dos ladrones de pacotilla. Confiaba en que nadie reparara en ese nimio detalle, eran dos atracadores armados, ¡quién podría haberles hecho frente!

Loli experimentaba un suave calor interior acariciando sus entrañas, liberándola de todas las pequeñas humillaciones que había sufrido aquel día, como otros tantos. Por primera vez en su vida, se observaba en dominio de la situación. La perspectiva de una noche de cubatas y trance con sus amigas se le antojó insustancial: devanearse para que el *puertas* las dejara entrar, oler las feromonas desbocadas de imberbes que se creían graciosos, hacer cola en el baño para aligerarse de bebidas isotónicas remojadas en alcohol de tercera…

Meditativa, se dirigió de nuevo a la estación de metro, despojándose a cada paso de sus aspiraciones de jovenzuela, determinada a ser la dueña de su vida. La noche de reyes no es una noche cualquiera.

Historia inspirada en el titular publicado en La Vanguardia el 7 de enero de 2013: «Dos ladrones con ropa de Papá Noel asaltan el súper»



Verbena

Recuerdo con precisión el día en que abracé el nihilismo. Aquel 14 de julio del 86, estaba sentada con mi prima Ció en el Castellot, una gran roca que hay en la cima de la colina de Farena, el pueblito del interior de Tarragona donde pasábamos los veranos. Le estaba contando a mi prima el sueño de hacía unas noches: Juli, el hijo del lechero y algo mayor que nosotras, estaba en mi cama, me abrazaba —manoseaba más bien —y me besaba los pechos —*tetas* recuerdo haber dicho. Ció, que era un año mayor que yo, siempre nos azuzaba a contar sobre nuestra intimidad más de lo que a nos habría gustado, pero ese día ambas estábamos excitadas por la verbena de aquella noche: el vestido de tirantes, el permiso de la abuela para pintarnos los labios y la promesa de algún roce más prologando de lo habitual.

A mis catorce años sabía bastantes cosas de la vida o eso creía. Me había besado con un chico con los doce apenas cumplidos. Él tendría unos catorce y ya llevaba una vida de pendenciero que culminaría con su primer ingreso en la Modelo en 1989. Pero, conmigo había decidido ser un caballero y la cosa se quedó en eso, un único beso, aunque con lengua y todo, como me gustaba aclarar. Por lo demás, mis conocimientos se quedaban más bien en el plano teórico; lo poco que me habían contado mis progenitores con un enfoque científico y, fundamentalmente, la lectura de «El hombre al desnudo», de Desmond Morris primero y del estudio pormenorizado de «El amor y el sexo contado a los adolescentes», manual que mis modernos padres me habían regalado al final de ese curso.

—¿Tenía la polla tiesa? ¿Te la metía? —Ció seguía insistiendo para sonsacarme más detalles escabrosos. Me miró con sus ojillos negros entrecerrados y maliciosos. Yo me resistía a dar más detalles. Se abalanzó sobre mí y me sujetó del brazo derecho. No iba a ceder.

—Sí, la notaba contra mi ingle derecha y me daba mucho calorcillo. Pero no lo hacíamos.

—No te creo —me soltó con brusquedad y se apartó.

—Pues es la pura verdad.

—Seguro que te la metía hasta el fondo y tú gemías y todo, pero no quieres admitirlo.

Me había sonrojado y estaba algo confusa al rememorar el sueño. Desde luego, no me di cuenta de que eso era lo que buscaba mi prima: escuchar mis sueños prohibidos para animar sus propias fantasías. O solo un poco, porque aquello empezó a parecerme un abuso por su parte. Ella siempre nos mangoneaba con una habilidad innata para manipular a los demás. Aunque en ese momento, me sentí culpable,

sucia, me di cuenta de la manipulación.

A veces se me agitaba la respiración al ver algunos chicos saltando a las pozas o sentía ese calorcillo cuando Juli se acercaba a tontear con nosotras, pero mi deseo sexual todavía no necesitaba sensaciones fuertes. Si Ció tenía ganas de pensar en esas cosas, que se fuera a casa de esa amiga con la que hojeaban Penthouse o Lib, como se chuleaban tantas veces.

—No te hagas la mojigata ahora. Eres una guarrilla y lo sabes.

Ció se de levantó y se largó en su BH amarilla.

Me quedé desconcertada unos minutos. Luego cogí yo también mi vieja Orbea azul y me fui hacia la poza del Toll de l'Olla. Confiaba en que cuando llegara a Ció se le habría pasado el enfado.

Farena se alza en la ribera izquierda del río Brugent, que no es un río como tal, más bien un torrente de aguas heladas. A pesar de ello, sus numerosas pozas han atraído a los bañistas desde mediados de los cincuenta. Tuve que pararme un par de veces para colocar la cadena en su sitio. «Asco de bici», recuerdo que pensé al dejarla junto al resto que se amontonaban cerca del camino principal. Y me adentré por una senderuela. Al llegar a un claro, vi a Ció sentada en medio de un corro con el resto de la pandilla. Aunque no soy tímida, esperé a estar cerca del grupo antes de saludar. Todas estaban pendientes de Ció y solo me vieron cuando ya podía oírlas con claridad:

—... y entonces le bajó las bragas y le metió el dedito, ya sabéis —Ció se rio, maliciosa.

Una niña bajita y pecosa, me saludó, más como advertencia que como bienvenida. Otra niña, espigada y pálida, propuso saltar al río. Se levantaron y corrieron en estampida para subirse a la de las rocas que usábamos como trampolín. No querían que supiera que estaban hablando de mí, o se sentían culpables. Aquella mañana, ninguna amiga me pidió que subiera tan alto como los chicos, ni me corearon para que saltara al agua helada. Sentía que me rehuían, pero su rechazo era sutil. Cuando le pregunté a la niña delgada qué pasaba, sin mirarme a la cara respondió que «qué iba a pasar, nada».

Al levantarme de la siesta, no quise salir a dar un paseo y decidí zambullirme en «Yo, Robot». Después de la cena, había olvidado por completo el incidente de la mañana. Me puse unos pantalones piratas de color verde y un *top* floreado que dejaba el ombligo al aire.

—Niña, pareces salida del coro de una orquesta cubana —me dijo la abuela al verme aparecer por el salón
—. ¡Solo te faltan las maracas!

—Con el vestido se me veía gorda.

—¡Qué bobada! Seguro que es cosa de Ció. No sé por qué le haces tanto caso.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Acaba de bajar ahora mismo, creo que unas niñas os están esperando —La abuela se acercó y me dio un beso—. Estás muy guapa, que os divirtáis. Y coge una rebeca que luego refresca.

Ignoré su consejo y bajé al zaguán de la casona saltando los peldaños de dos en dos. No me habían esperado. A pesar de su núcleo reducido y el medio centenar escaso de casas, el pueblo presentaba el intrincado desnivel propio de las localidades de montaña. No podía correr por la callejuela donde estaba nuestra casa a riesgo de estamparme contra la pared de la iglesia. Al llegar a la plaza, eché un vistazo, las bombillas ya estaban encendidas, pero mis amigas tampoco estaban allí. Me senté en un banco a ver los preparativos de la orquestra. La verbena de San Jaime era una fecha señalada en el calendario estival que los veraneantes nunca nos perdíamos. La gente del pueblo prefería la fiesta mayor de la vecina Capafonts, a principios de agosto.

En cuanto sonaron los primeros compases, apareció toda la pandilla riendo. Me ignoraron de forma deliberada, se instalaron en la esquina opuesta y empezaron a bailotear al son de la rumba catalana.

—¡Hola! ¿Sales a la pista de baile? —Juli me sonrió y con las manos me hizo un gesto para que me incorporara a la fiesta.

—Es que Peret no es lo mío.

Era una excusa muy tonta y ni sabía por qué había rechazado al chico que me gustaba. Miré por unos segundos al otro lado de la plaza. Sabía que mi prima Ció me estaba espiando por el rabillo del ojo, aunque se contoneaba como si yo no existiera. Juli se sentó a mi lado y me olvidé de ellas. Aunque, tenía el pulso acelerado y esperaba que la agitación pasara desapercibida, decidí que no se me iba a escapar.

—¡Vale! Entonces, ¿cuál es tu plan? —dijo.

—Pues, esperar a ver si tocan algo que mole.

—¿Cómo qué?

—No sé. ¿A ti qué te gusta? —contesté en un tono que pretendía ser pícaro.

—Para una verbena, supongo que Tequila.

—Un poco antiguo, ¿no?

Quería provocarlo con la respuesta. Le sostuve la mirada. Se había levantado una suave brisa de verano que hacía ondear las guirnaldas. Crucé los brazos.

—¿Tienes frío?

Juli me ofreció su pullover verde que llevaba anudado en la cintura. Todavía puedo evocar el escalofrío que me recorrió al notar su mano cálida en mi hombro.

—Vamos a dar una vuelta, éstos se ponen plastas —propuso, cuando la orquesta empezó con los pasodobles.

El paseo hasta el puente fue un manantial del que constantemente brotaban nuevas emociones: miedo, ilusión, excitación. La sensación de aventura era casi más fuerte que la propia expectativa erótica. Pero cuando sentada en la barandilla de piedra, Juli me dio aquel primer beso, el mundo se desvaneció y ya solo lo sentía a él. Sus labios recorriéndome el cuello, las manos presionando dulcemente mis pechos. No sabía cómo corresponder, instintivamente le acariciaba el pelo, le clavaba las uñas en la espalda o me dejaba hacer, como cuando él me cogió la mano y se la llevó a su bragueta; ese bulto resultó ser cálido y más firme de como lo recordaba en mi sueño. Hubo mucho contacto físico, pero sin culminación que apaciguara el deseo.

En el camino de regreso, con los dedos entrelazados, me sentía más agitada si cabe, pero inmensamente feliz. Hasta que llegamos al baile. Juli me soltó la mano y en cuanto vio a sus amigos, se apartó de mí. Ció se acercó con una sonrisa malévola:

— ¿Qué? Ya os habéis pegado el lote y ahora ya no le interesas.

«Pegarse el lote», así era como se llamaba por entonces a esas experiencias de iniciación a la sexualidad. Sentía como si el mundo se moviera en torbellino a mi alrededor. Sentía que mis amigas se reían de mí, que todo el pueblo me señalaba. Eché a correr hacia casa.

Estuve dándole vueltas toda la noche. ¿Se había aprovechado Juli? ¿Se sentía avergonzado de mí? A ratos lloraba, a ratos recordaba ese encuentro mágico y me azoraba, a ratos pensaba que quizá tenía razón mi prima y era una mala persona, una guarra. Si caía en un duermevela, todas las sensaciones que había tenido se me hacían presentes, aunque la experiencia precoz no iba más allá y ni pensé en roces más íntimos.

Al día siguiente, Ció se presentó temprano en mi cuarto, imagino que movida por la curiosidad. Rechacé ir de paseo con la pandilla. Tenía la certeza que, si aceptaba, me despeñaría por uno de esos acantilados a cuyas frondosas e impenetrables profundidades siempre me había sentido atraída. No pensé en los detalles más sórdidos: cómo me encontrarían, qué pensarían, el funeral, si Juli o Ció o el resto de la pandilla llorarían al recordarme. Solo el vuelo, la caída y el cierre en negro del final, eso era todo. Del amor y el deseo a la muerte. Una virgen sacrificada a las malas amigas.

Después de ese día, consciente de que acabar con todo estaba en mis manos, pensar en mi propia muerte se convirtió en un rito tranquilizador. Me veía arrancar el vuelo, lentamente; primero notaba una súbita ligereza en los pies, después me alzaba sobre el terreno y, usando alguna corriente térmica, tomaba altura sobre las copas del hayedo, sobrevolando los pastos y acercándome hacia la cornisa desde unos cuantos metros de altura sobre el precipicio. En ese momento,

me arrojaría en picado en una caída infinita; porque no podía imaginar el choque contra la tierra endurecida por el frío, o contra una roca granítica o la piel arrancada en jirones por las ramas de los robles que había en el fondo. Ni siquiera se me ocurría que sería devorada por las alimañas, quizá algún jabalí hambriento.

Ció siguió incordiándome el resto del verano, mientras yo continuaba disfrutando y sufriendo de mi primer verano adolescente. Juli estuvo rondándome, entre avergonzado y altivo, hasta que en el baile de la siguiente verbena en Capafonts se decidió a pedirme para salir. Fue un amor de verano. Intenso. Breve. Olvidable.

Nunca volví a Farena y hace años que no me trato con Ció. El mundo es un lugar inhóspito y no puedes fiarte ni de tu sombra. La muerte es una fiel compañera a la recurrir cada vez que alguien vuelve a decepcionarme y una duda persiste, ¿comerán carroña los jabalíes? En el fondo, sé que nunca llegaré a comprobarlo.



Transmutación

Los hemípteros son una gran orden de insectos que comprende más de ochenta mil especies conocidas. Se caracterizan por tener un aparato bucal succionador de savia o sangre de las que se alimentan. Entre ellas, pulgones y cigarras se han encargado de arruinar cosechas y traer la hambruna a la raza humana desde la prehistoria. Sin embargo, sus primas, las chinches, han sido desde la antigüedad compañeras de fatigas de las milicias, no solo recordando que no puedes fiarte ni de tu sombra, sino también procurando compañía durante las largas noches de campaña y prestando algún que otro sabio consejo para evitar disputas de honor. La muerte es una fiel compañera que hay que enfrentar en el campo de batalla.

No está claro cuál fue la ruta por la que se extendieron por el planeta, pero se cuenta que ya Alejandro Magno se sirvió de la singular inteligencia de estos insectos para trazar su camino de conquista hacia el oriente y, siglos más tarde, Gengis Khan lo recorrería en sentido inverso haciendo también uso de sus oficios. Que ambos fueran incapaces de hacer perdurar sus conquistas y que sus imperios se desvanecieran rápidamente tras su muerte son indicadores claros de la naturaleza torticera de estos bichos. No sería hasta principios del s. XX que sus servicios fueran incorporados oficialmente al espionaje militar.

La historia que me propongo transcribir me fue narrada a modo de confidencia por una anciana que había ejercido de enfermera en tiempo de guerra. Me hizo prometer en su lecho de muerte que no revelaría nombres, ni lugares, ni siquiera fechas que fácilmente nos descubrirían de qué personaje histórico estamos hablando y harían temblar el orgullo nacional del país que le aupó hasta la gloria. Baste decir que aconteció a principios del pasado siglo en un país centroeuropeo.

En una época en la que la disciplina y la comida diaria ofrecidas a las tropas, atraían hacia la vida cuartelaría a lo más granado de cada familia: jóvenes dispuestos a luchar por su país y poder progresar, los tiernos infantes de las grandes familias burguesas a la espera de ennoblecer sus linajes, los brutos retoños de las bajas castas esperando salir del hambre y la miseria; Cimer, nombre figurado de nuestro protagonista, tuvo la fortuna de criarse en una de las academias militares más prestigiosas del país.

¡Ah! Disculpen, se me olvidaba referir que Cimer, era una chinche, pero una particularmente lista y, además, contaba con una capacidad innata para rodearse de los mejores. Participó en alguna contienda

menor y pudo ver de cerca cómo sus compañeros eran recibidos con honores por sus conciudadanos, ascendidos y condecorados. Las damas coqueteaban con ellos y los más insignes personajes competían para invitarlos a cenas opíparas que él no podía saborear.

Cuando Cimer supo de los experimentos con rayos X, sintió una gran curiosidad. Durante unos meses, seducido repentinamente por la ciencia y el conocimiento, consiguió colarse entre el equipo científico, y aunque nunca logró comprender realmente de qué iba todo aquello, tuvo la intuición de que ahí estaba su gran oportunidad.

Gracias a su actitud ante el trabajo y, por qué no admitirlo, a su capacidad para adular al director técnico que se sentía constantemente desafiado por un equipo compuesto por las mentes más brillantes del país, Cimer se granjeó su total confianza, ganando acceso sin restricciones a todo el complejo. Así que le fue fácil introducirse en el tubo y aposentarse en el ánodo rotatorio.

—Enfermera, le traigo a un teniente que acaba de sufrir una fractura en la pierna izquierda —el médico ayudante precedía a dos cabos que transportaban a un oficial en la camilla de cuero.

—Déjenlo en la mesa de operaciones, enseguida llega el cirujano —la enfermera contestó sin apartar la vista del aparato que intentaba ajustar destornillador en mano—. No sé qué le pasa a este maldito trasto que no funciona.

-o-

La transmutación de Cimer en un fornido teniente le llevó exactamente treinta y siete horas y veinticuatro minutos de sufrimiento intenso y vívidas alucinaciones. Se veía a sí mismo intentando trepar por las patas de una cama y resbalando incesantemente, sin poder acceder a las sábanas que eran su refugio, ni a las venas del durmiente que eran su sustento. Después, muchos dirán que premonitoriamente, tenía que subir por una pared que se extendía hasta el infinito, con un cansancio extremo conseguía alcanzar el techo y pacientemente llegar hasta el punto preciso, dejarse caer y precipitarse no sobre su compañero, como había calculado, sino sobre un volcán ardiente. La pesadilla continuaba de modo cíclico, por lo que Cimer llegó a conocer con detalle cada grieta y cada garabato de esa pared imaginaria, detalles que recordaría muchos meses más tarde en el búnker cuando tomó la decisión de acabar con su vida junto a su querida.

Cuando fue consciente de su nuevo cuerpo, notó con extrañeza la tibieza de sus músculos, la pérdida de la capacidad olfativa y le costó un poco acostumbrarse a no poder ver en la oscuridad. Pero siendo una persona práctica, se decidió a probar sus nuevas habilidades y le gustó incorporarse sobre sus dos extremidades inferiores. Había llegado el momento de enfrentarse con su nuevo mundo y lo único en

lo que podía pensar era en comer.

La adaptación a su nueva condición fue más sencilla de lo que se podría imaginar. Por supuesto, ser capaz de articular alguna palabra con sentido, le llevó algunos días. Pero fingió estar afónico y no levantó suspicacias.

Su ascenso hasta las más altas jerarquías era previsible. Es conocido que las chinches actúan de noche y saben camuflarse bien. Ambas cualidades son notables en situaciones donde la capacidad de intriga y el saber estar en segundo plano son imprescindibles para progresar. Y una guerra es una guerra, se cometen errores, se pierden batallas y las bajas son más numerosas de lo que cabría esperar, todo ello condiciones que facilitan eliminar a los rivales que son transferidos a escenarios lejanos y con menores probabilidades de supervivencia.

Llegó a coronel en unas pocas semanas, gracias a un par de comentarios oportunos que, supuestamente, evitaron la pérdida de la frontera norte. Su ascenso hasta General resulta mucho más confuso y algunos historiadores refieren algunas de sus acciones como de alta traición. Lo cierto es que, para entonces, las tropas le adoraban y sus inflamas son consideradas por muchos como una de las causas de la escalada bélica. Su habilidad con la palabra le granjeó la admiración y el temor de sus superiores, así como la entrega total de sus subordinados que no dudaban en entregar su vida a cambio de la gloria de su patria. Las viudas lucían orgullosas las condecoraciones de sus maridos y a los huérfanos la pérdida de sus progenitores parecíales una nimiedad, comparada con poder presumir que sus padres se habían codeado con el héroe supremo.

Su nombramiento como mariscal fue casi una pantomima. Méritos no le faltaban, pero era demasiado joven y su origen demasiado turbio como para que en otras circunstancias se hubiera siquiera considerado la opción. Sin embargo, había conseguido crear las Escuadras Eternas que eran famosas por su bravura y su brutalidad. Muchos jóvenes seguían a ciegas sus ideas y congregaba a multitudes cada vez que había un desfile. Sabía cómo exaltar a la muerte como fiel compañera y novios no le han faltado.

La jerarquía militar, estimó que sería mejor tenerlo entre ellos y beneficiarse de su popularidad para conseguir más fondos. El gobierno pensó que podría utilizar su nombre para afianzar el apoyo de la ciudadanía en su esfuerzo continuado por anexionarse territorios vecinos, conscientes de lo difícil que era mantener su apoyo ante los sacrificios económicos y de vidas humanas que estaba suponiendo.

Un profundo desarraigo forjó su carácter implacable y, al sustraerse del disfrute gastronómico de la sangre tras su transmutación, su sed tuvo que ser saciada metafóricamente, lo que acabó por convertir a Cimer en un cabecilla persuasivo y cruel. En los juicios sumarios

posteriores al armisticio quedó claro que aquellos que lo auparon, infravaloraron su capacidad de seducción: el que ha nacido chinche y ha medrado, quien ha tomado a la muerte como su más fiel compañera, no parará hasta sentirse dueño del mundo. El resto es historia.



Pensamientos heréticos de una mujer desdichada

Mercedes cruzó la plaza frente al cuartel hacia la fonda. Arrastraba los pies y su jubón barría el polvo, como acariciándolo. Nada más entrar se dirigió a la cocina por instinto. Agarró una escoba; el piso tenía que estar reluciente, como había estado siempre cuando ella se encargaba. Su madre le quitó la escoba, la cogió por la cintura y la acompañó hasta una mesa apartada.

—Anda hija, siéntate que hoy te cuido yo, como cuando eras una niña.

Escuchó la suave cadencia de la voz de su madre, aunque las palabras le parecieron incomprensibles. Las frases que el párroco había pronunciado durante el sermón retumbaban en su cabeza «del polvo venimos y en polvo nos convertiremos», sentía cómo se le clavaban en su carne las miradas de compasión de sus vecinas. «Pobrecita Mercedes», murmuraban. «Ya iba siendo hora y mira.»

—Queda algo de caldo de gallina. Te sentará bien —oyó que decía su madre en el eco de una conversación lejana.

Tenía la mirada perdida en la silla de enea que ocupaba su hija mayor, aunque apenas prestaba atención a la niña. Rosita, a sus escasos tres años, manoseaba más que jugaba con una muñeca de trapo. Su otra hija, la más pequeña, había empezado a lloriquear. Su hermana María Rosa la tenía en la falda y no conseguía consolarla con un juego infantil. «Seguro que quiere teta», la idea cruzó fugazmente su pensamiento, en el límite de la consciencia. Incapaz de reaccionar a la urgencia de la demanda, contempló la pequeña colección de sillas de enea: en la primera estaba su hija mayor Rosita, su hermana con la pequeña en la segunda y la tercera vacía. Ahí debía haber estado ella amamantando a su hijo, pero en cambio estaba en el otro lado de la sala, vestida de negro; vacía ella también.

—¡Caldo, caldo, caldo! Yaya —exclamó Rosita que no pudo resistirse al intenso olor que procedía de la cocina y, salió trotando.

María Rosa se levantó y le entregó a la más pequeña.

—Tienes más hijos. Tendrás que hacer el corazón fuerte por ellos —le dijo y desapareció en la cocina para ayudar a su madre a terminar de preparar la comida.

Dejó a la pequeña en el suelo y la estuvo observando mientras gateaba explorando la sala, tan llena de energía y tan frágil. Llegaba hasta los pies de una silla, se incorporaba, a veces perdía el equilibrio y caía sentada sobre el trasero, pero enseguida volvía a levantarse y se

ponía en marcha de nuevo.

La pequeña se acercó a la chimenea. Era su lugar favorito. Como todos los humanos desde el inicio de los tiempos, se sentía fascinada por el fuego. Su madre seguía observándola, sin moverse de su sitio. En ese momento, María Rosa entró en la sala con los platos de loza y las cucharas de madera. Le lanzó una mirada furiosa, dejó los platos en el mostrador y corrió para apartar a la niña del fuego.

—¡En qué estás pensando! —le espetó.

María Rosa tomó a la niña, se la colocó en la cadera y volvió a entrar en la cocina para traer una frasca de vino y unos vasos de loza.

¿En qué pensaba? En su hijito, que había sido una alegría, al fin había podido darle un heredero a Isidro. Un bebé rollizo y alegre que había costado parir más de treinta horas, pero que comía con ganas y dormía todo el tiempo, sin lloriquear como hacía su hija pequeña. «Una bendición de Dios», le habían dicho. ¿Y dónde estaba Dios en esos momentos? El párroco le había dicho que solo el señor decidía cuándo llevarnos a su lado. ¿Por qué entonces? ¿Por qué a su niño? Ella era una buena cristiana. Iba a misa todos los domingos y las fiestas de guardar. Rezaba el rosario todos los días, siempre que podía en la iglesia y, más a menudo, en casa con el bullicio de las niñas que jugaban a su alrededor. Incluso cuando todavía no tenía hijos, se acercaba a diario a la fonda a rezar con su madre y su hermana, mientras pelaban patatas o remendaban servilletas y manteles.

«¿Cómo pueden decir que Dios nos ama a todos por igual? ¿Es esto amor?». No, no estaba segura de lo que significaba ser amada de verdad. Aunque apenas recordaba cómo había sido su vida cuando era pequeña, tenía la sensación de que, incluso antes de que naciera su hermana, había tenido que competir por el amor de sus padres. Nunca podría ser la hija perfecta que sus padres esperaban, demasiado seca, demasiado fría, demasiado distante. ¿Y su marido? Isidro tampoco la quería. También él prefería a María Rosa, nadie se lo podía ocultar. Por más que se esforzaba en tener la casa limpia y arreglada, en guisar los mejores platos que su madre le había enseñado. Siendo de una familia tan humilde, su marido nunca había comido ni dormido tan bien como desde que se casaron, desde que ella se había ocupado de tener una casa para ellos, para fundar una familia. A pesar de los intentos por ser una esposa dulce, Isidro la ignoraba casi por completo: un beso en la frente al llegar a casa a la hora de comer, para abrazarse cariñoso a las niñas y hacerles cosquillas o contarles anécdotas de la barbería. No entendía por qué se las contaba a sus hijas, que no le entendían, en lugar de compartirlo con ella. Pero ella rezaba. Si tenían un varón, por fin su marido la respetaría.

—La comida está ya servida, hija. Anda ven con nosotras, los hombres estarán a punto de llegar —le dijo su madre que la asió del

brazo y la obligó a incorporarse y acercarse a la mesa principal.

Una vez sentadas, se dispusieron a bendecir los alimentos. María de nuevo empezó a preguntarse qué sentido tenía todo aquello. ¿Qué dios era capaz de bendecir unos alimentos y no salvar a un bebé de una escarlatina? ¿No era acaso todopoderoso? El párroco le había dicho que los caminos del señor eran insondables. No lo había entendido muy bien, pero lo que sí había comprendido era que Dios hacía lo que le daba la gana. Y no era necesario buscar ninguna explicación. Era un dios cruel, aquel Dios. ¿Y la Virgen María? Cuando el niño se puso enfermo, fue a ponerle unas velas al altar mayor. Se suponía que Ella tenía ascendente sobre el niño Jesús y que podía conseguir lo que le pareciera. ¿Acaso la Virgen, que también había perdido un hijo, no podía apiadarse de una madre?

Observó el comedor, los remiendos de los manteles ocultos bajo los platos de loza, la vajilla descascarillada colocada de tal manera que el lado bueno reluciera, la cortina de mimbre para evitar que entraran las moscas, todo tenía esa pulcritud que solo los pobres confunden con refinamiento. Su madre estaba encargándose de darle de comer a la pequeña y María Rosa a la mayor. Todavía no había tocado su plato cuando oyó el chirrido de la puerta principal. No se volvió para ver quién era.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo una voz masculina que reconoció como la de Isidro.

—Parece que la comida está lista y hoy no tenemos a la soldadesca —respondió otra voz, la de su padre.

—Cuando terminemos de darles la comida a las niñas, os preparamos vuestros platos —contestó la voz cálida, casi alegre de su hermana.

Rompió en sollozos. El mundo seguía girando y le pareció que ella ya no formaba parte de él.



Reencuentro

Isidro se acercó a la entrada y despidió a su último cliente. Se paró un momento en el dintel para que le diera un poco el aire. Polvo y risas fluían por la riera, como una premonición de la noche que apenas se adivinaba.

—¡Eh, Isidro! Nos vemos en la verbena, ¿no? —le saludó un hombre joven a voz en grito desde el otro lado de la calle.

—Mañana me toca madrugar —contestó él enarcando las cejas a modo de disculpa.

—Anda, hombre, ¡pero si es fiesta! —replicó el otro que había cruzado la riera—. Seguro que nos divertimos un rato. Ya sabes que las mozas están más alegres en estas fechas —y le guiñó el ojo.

—Tengo que ir a ver a mi madre —dijo casi para sí mientras iniciaba el gesto para entrar.

—No todo puede ser trabajo, hombre —respondió el amigo y con un gesto en la cabeza se despidió.

Isidro se volvió y antes de franquear la puerta abrió la otra hoja de la cristalera, para que corriera el aire. Su amigo se había parado algo más allá de la botica y charlaba con unas mozas todavía con el atuendo de labranza. Dentro, su ayudante había barría los baldosines con desgana, un brío repentino se adueñó del chico en cuanto vio la figura escueta y enérgica de su jefe que le miraba.

—Puedes irte. Ya termino esto yo —dijo Isidro mientras tendía la mano y le daba diez reales.

—Muchas gracias, señor Isidro —contestó sorprendido el ayudante y le pasó la escoba.

Diecisiete afeitados, quince recortes de bigote, siete de pelo y una muela; las vigilias siempre fueron buenas para el negocio. El chico se metió en la trastienda para quitarse el guardapolvo. Isidro aprovechó para hacer un buen repaso a los rincones, sin darse cuenta de que una figura femenina se había detenido en el dintel.

—Está cerrado —dijo el chico mientras sorteaba a la mujer camino a la puerta—. ¡Hasta luego!

—¡Hasta el sábado! —contestó Isidro dándose la vuelta y reparando entonces en la mujer.

Aunque a contraluz no podía distinguir sus facciones, esa pose le resultaba familiar. Ella avanzó unos pasos, entre tímida y coqueta:

—¿Así que este es tu cuartel?

—¡Lidia! —contestó Isidro azorado—. ¡Vaya sorpresa! ¿Qué haces tú aquí?

—He venido al baile —Lidia rehuyó su mirada, la respiración algo

agitada—. Pensaba que quizá… —hizo una pausa prolongada, dubitativa, luego desvió la mirada hacia la puerta—. Que podrías peinarme.

Volvió a posar sus ojos glaucos en Isidro, implorando.

—Siéntate. Veré qué puedo hacer —contestó él ofreciéndole una silla de enea.

Lidia se sentó frente al único espejo. Contempló el local; la cal reverberaba en las paredes, el suelo estaba lustroso, dos quinqués relucían. En la alacena a su derecha, un par de palanganas de cerámica, dos navajas, las brochas alineadas para la próxima intervención y varios frascos que intuía serían de colonia y loción, quizá de crecepelo. Vio a su amigo rebuscar en una caja metálica, sopesando ahora unas tijeras, luego un peine de finas púas metálicas, otro de carey; lo hacía pausadamente como si fueran instrumentos de precisión. Por fin, blandiendo el peine que había estimado adecuado se plantó detrás de ella. Lidia le tendió un par de cintas de raso rojo y unas horquillas.

—Te lo agradezco, de eso no tengo —se disculpó Isidro, depositando el material sobre la repisa a su izquierda.

Cuando Isidro empezó a peinar su melena, ella cerró los ojos dejándose mecer hacia su infancia. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, sonrosadas ahora que los largos días le permitían disfrutar de algún paseo. Isidro estaba concentrado en el recogido; no era la primera vez que una mujer entraba en su barbería, pero quería que Lidia destacara esa noche por sí misma bajo esos ropajes de damasco carmesí y ese corsé tan prieto que sería acechado por todas las miradas. Pretendiendo una revisión profesional de su trabajo, repasó sus rasgos: la nariz recta, los labios pequeños y carnosos, las cejas pobladas y ese azul que recordaba más a la frescura del riachuelo que al insondable mar. Entonces reparó en los surcos sobre su rostro. Sus miradas se entrecruzan:

—Pensaba en cuando era niña —dijo Lidia en un susurro.

Isidro se estremeció. Recordaba esa primera vez, una chiquilla flaca y desaliñada, fregando al fondo de una casa de lenocinio entre el cañizal; se recordaba a sí mismo, a penas un adolescente, víctima de las chanzas de las meretrices; la torpeza de la niña intentando estimular su incipiente virilidad; él sin saber cómo responder; esa mirada transparente y luego su cuerpo enjuto acurrucándose contra él. Le secó los ojos.

—Todos tenemos mucho que recordar y que olvidar —dijo Lidia mientras le cogía la mano—. Pero hoy es noche de fiesta, bailaremos ¿no? —añadió, mutando en una sonrisa para alejar sus quimeras.

Isidro se quedó pensativo mientras colocaba la cinta de raso.

—Claro, tendrás alguna moza que conquistar —suspiró Lidia.

Isidro seguía callado, recogiendo un mechón con el extremo del peine, colocando una horquilla, rehaciendo la lazada. Seguía manteniendo la lozanía, se la veía sana. Lidia se levantó:

—¿Qué se debe? —inquiere con sequedad.

—Nada —respondió Isidro acercándose a ella, acariciándola de nuevo—. Nosotros nunca nos deberemos nada, ¿recuerdas?

Un mensaje breve, expectante. A nivel físico la cosa siempre había funcionado de maravilla, aunque la comunicación entre ambos era cada vez más complicada. Lidia se abrazó a él y se descompuso en sollozos. Isidro la apretó contra si con dulzura.

—Espera aquí.

Encendió un quinqué, se dirigió hacia la puerta y salió a la calle para cerrar los portones de madera. Luego cerró la cristalera, cogió el quinqué y se volvió hacia la chica ofreciéndole el brazo. Lidia respiró profundamente y se agarró con fuerza a Isidro, una sonrisa se afianzaba en su rostro. Él abrió la puerta de las escaleras que llevaban a su apartamento, miró a su amiga y con una risita burlona aclaró:

—Hoy, te sirvo yo.

Si te ha gustado
la lectura de
Pensamientos heréticos,

te agradezco que
escribas una reseña
y valores el libro en Amazon.

Te puede interesar mi novela
La esencia de la lluvia
disponible en Amazon en papel y Kindle.

También puedes
seguirme en Instagram y
acercarte a mi blog en
www.carinavernet.com

Sobre la autora

Carina Vernet nace en Badalona a finales de los sesenta. Una ciudad costera del área metropolitana de Barcelona que inspiró su primera novela, *La esencia de la lluvia*, que ha conseguido más de 2.000 descargas en Amazon desde su publicación. Desde muy pequeña le ha gustado la palabra y los relatos la han acompañado desde que empezó a leer. Se considera una lectora contumaz; los libros permiten vestir otras pieles y trasportarnos a otras realidades.

La pasión por la escritura la recuperó pasados los cuarenta. Con los hijos adolescentes que reclamaban su propio espacio, la llegada a casa tras una dura jornada laboral le parecía claustrofóbica. Como mujer inquieta, se apuntó a un taller de escritura de Fuentetaja Literaria. Tras dos años perfeccionando la técnica y escribiendo relato corto, aprendió a usar los tiempos muertos en los viajes de trabajo, a disfrutar de los vuelos transoceánicos y los retrasos en el aeropuerto, mientras la batería del portátil siga con vida, las palabras fluyen.

Siempre tiene a mano algo donde escribir. Las notas se acumulan en una libreta en la mesilla de noche, en recortes de prensa enviados por e-mail, en las aplicaciones del móvil y en papeles amontonados sobre su escritorio. Algún día debería organizarlo un poco, supongo.

[1] Pecado de silencio